

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**CAUTIVOS CRISTIANOS
DE LOS SARRACENOS**

S. MILLÁN – 2024

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Padre Antonio de Sosa.

Miguel de Cervantes.

Información de Argel de 1580.

Padre Fernando de Contreras.

Padre Jerónimo Gracián.

Santo Domingo de Silos.

Casos reales.

En Constantinopla.

San José de Leonisa.

Deseo del martirio

Suplicio y liberación.

El regreso.

Santos negros, cautivos y redentores.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La esclavitud es muy antigua en las anales de la humanidad. En muchos pueblos los vencidos eran hechos esclavos. En Roma, en tiempo de los emperadores de los tres primeros siglos, había 3 millones de esclavos, el 30% de la población, de los que 100.000 murieron mártires por ser cristianos.

Pero uno de los casos más tristes y graves fue la esclavitud que los musulmanes hicieron desde el tiempo de Mahoma con todos los vencidos. En el caso de Constantinopla y de los reinos islámicos del norte de África, a lo largo del tiempo, hicieron millones de esclavos cristianos, que robaban en razzias de corsarios en las costas europeas. En la historia de 1.500 años de islamismo, los musulmanes han hecho millones de esclavos cristianos, centenares de miles de mujeres fueron violadas, muchos hombres fueron empalados, crucificados y decapitados. Se calcula, según serios investigadores, que la pérdida demográfica de Occidente a causa de los ataques del islam superó los cien millones de personas.

El proceso conocido como *Devsirme*, introducido por el sultán otomano Orkhan (1326-1359). Consistía en llevarse periódicamente de los territorios conquistados un quinto de jóvenes cristianos entre 14 y 20 años, incluso niños, que convertidos al islam eran entrenados como soldados para el ejército. Fueron los famosos y aguerridos jenízaros, que eran cristianos convertidos a la fuerza al islam. Esas levadas acabaron siendo anuales. Esta institución solo se abolió en 1656, pero hasta el siglo XVIII siguió otro sistema paralelo. Se llevaban a niños entre seis y diez años para ser educados como musulmanes y soldados. El número de los que se reclutaban cada año eran, según unos, doce mil. Otros dicen que solo ocho mil. Lo cierto es que la violación de los derechos de los cristianos en tierras musulmanas era evidente, porque eran ciudadanos de segunda clase y tenían que pagar un impuesto especial para poder tener derecho a vivir en tierras islámicas.

Toda ciudad importante del mundo musulmán tenía su gran mercado de esclavos, que era una fuente inmensa de riqueza para ellos, pues para rescatar a los cautivos pedían mucho dinero, sobre todo si eran personas importantes. Muchos cautivos tuvieron que soportar la tortura de ser remeros de los barcos de los corsarios. Recordemos que en la batalla de Lepanto fueron liberados cerca de veinte mil cristianos, remeros forzados, de sus barcos. Ser remero suyo era con seguridad sinónimo de muerte pronta y segura.

Sobre las mujeres, las que eran hermosas eran tomadas como esposas o concubinas. A las otras las hacían trabajar en la casa o como prostitutas. Estaban totalmente a merced de su amo, que podía hacer de ellas lo que quisiera. De

hecho incluso en la actualidad hemos visto cómo los terroristas musulmanes, basándose en el Corán, consideran a las mujeres de las tierras conquistadas como botín de guerra, como esposas a la fuerza o, en el mejor de los casos, para trabajar en trabajos domésticos, pero sometidas como esclavas a la voluntad omnímoda de sus dueños.

Un dato histórico comprobado por los investigadores es que en 1574 en las costas del Mediterráneo fueron capturados 8.000 niños, reservados para el sultán, que normalmente nunca los daba para ser rescatados.

En Argel en el siglo XVI había 25.000 cautivos cristianos. En Constantinopla, por lo menos 30.000. Solo en las cárceles del sultán había 4.000 esclavos cristianos, que sufrían y morían sin esperanza, si no renegaban de su fe. Cuando los esclavos llegaban a ser inútiles por edad o por discapacidad, los echaban a la calle para que murieran sin coste alguno para los dueños. Y solo podían vivir de las limosnas que algunos, especialmente cristianos libres o personas buenas, les daban. En caso de enfermedad igualmente los echaban de casa y no se preocupaban por caridad de curarlos...

En cuanto a la India, los musulmanes cometieron un verdadero genocidio entre los siglos VIII y XVIII, diez siglos de dominación llevó a la muerte a 400 millones de esclavos. A los hombres los castraban y a las mujeres las usaban, sobre todo, para el servicio sexual y servicios domésticos.

Con relación a los africanos hechos esclavos por los negreros árabes, podemos decir que los árabes islamistas despreciaban a los negros como si fueran de raza inferior. Por eso, durante los 13 siglos que dominaron algunos países de África, establecieron razzias de negreros que asolaban poblados y raptaban a sus habitantes. El poder raptar y esclavizar lo veían como algo totalmente lícito, apoyándose en textos del Corán. El raptar personas era un gran negocio ya que no solo podían pedir un rescate sobre todo a los europeos cautivos en el Norte de África, sino también porque así podían conseguir obreros gratuitos para los trabajos del campo, de construcción o de cualquier clase que fueran, incluso como soldados. La sangría de personas de raza negra durará desde el siglo VI hasta el siglo XX. Los árabes musulmanes hacían guerras santas no solo para islamizar territorios, sino también para aprovisionar los harenes y tener gente para trabajar. Así se acostumbraban a vivir del trabajo de los esclavos y de las mujeres como esclavas sexuales. Los países que más se distinguían en este negocio eran Arabia, Egipto, Persia, Turquía, Túnez y Marruecos. Muchos árabes se acostumbraron a vivir del trabajo de los esclavos y solo se dedicaban a la guerra y a la política, acostumbrándose al juego y a la ociosidad. Ciertamente que también los europeos consiguieron esclavos negros de África para llevarlos a América, pero no solo fueron muchísimos menos, sino que hablando en general,

fueron muchísimo mejor tratados. La crueldad con que fueron tratados por los negreros musulmanes no tiene parangón en la historia a no ser en el caso de la India.

Lo cierto es que los musulmanes en todas partes donde triunfaron, promovieron la esclavitud y trataron a los negros como animales. Ningún país europeo pensó en castrarlos como hicieron en la India y en África. Tampoco los evangelizaron bajo pena de muerte. Incluso, aunque se convirtieran al islam, los seguían tratando como inferiores. En América los africanos esclavos fueron evangelizados e incluso en muchos casos tenían día libre de trabajo los domingos. Los castigos eran mucho menos frecuentes y muchos eran liberados con el tiempo, lo que era casi imposible en los países musulmanes. La Iglesia católica se preocupó de la evangelización de los negros en África y América. San Pedro Claver bautizó en Colombia a más 300.000 negros. Muchos otros misioneros también hicieron lo posible por reintegrarlos a la fe católica y a la sociedad, concediéndoles en muchos casos la libertad sin rescate de ninguna clase.

En cuanto a la castración de los negros, hizo que su situación fuera un verdadero genocidio por no tener descendencia. Además la operación para transformar a los esclavos en eunucos provocaba la muerte de muchos de ellos por hacerlo con procedimientos rudimentarios, cuando no había penicilina para superar las infecciones. Fue una extinción masiva. Los eunucos eran escogidos para cuidar los harenes y los hacían esclavos más sumisos. Según algunos historiadores, el califa Al Muqtadir tenía 11.000 eunucos de los que 7.000 eran negros. El califa de Córdoba Ibn Idhari en el siglo XIII tenía 6.300 concubinas y esclavas cuidadas por eunucos. En cuanto a las mujeres negras, tenían fama de ser hermosas y todo hombre importante en Constantinopla tenía numerosas concubinas negras. Pero los niños nacidos de relaciones con mujeres negras eran sistemáticamente asesinados o reducidos a eunucos. Los niños mulatos eran asesinados por las concubinas árabes. Y, si en algún lugar había algunos mulatos, eran más despreciados que los mismos negros.

En este trabajo vamos a analizar de modo especial la esclavitud de los cristianos de Europa por los musulmanes, concretamente en Argel y el Norte de África. Los moros asolaban las costas europeas y trataban a los cautivos con toda crueldad, haciéndoles vivir en mazmorras estrechas e inmundas y con muy poca comida. Y los renegados de la fe cristiana, que se convertían al islam para poder escapar a tanto sufrimiento, no podían volver a su fe cristiana, pues eso hubiera sido un pecado merecedor de la muerte.

Algunos testigos afirmaron: En las mazmorras no entra ni aire ni sol ni se puede ver el cielo y apenas la luz. La última de las mazmorras sirve también de

cárcel para moros facinerosos. La inmundicia es notable por tantos hombres y el tufo y el mal olor intolerable. Esta es la habitación de los pobres cristianos. La cama una esterilla, desnudos, aherrojados con cadenas y grillos y argollas. Como es tan estrecho el lugar, se abrasan de calor. Este lugar, ajeno de consuelo, es muy inhumano. Están allí los cautivos día y noche, si no salen a trabajar. El tiempo que andan fuera, traen una cadena al pie y, aunque estén enfermos, no mejoran de vivienda ni tienen alguna otra comodidad. Allí pasan las enfermedades y allí mueren sin sacramentos, como bestias, superando la codicia de esos bárbaros a su muy grande crueldad ¹.

No obstante tanto sufrimiento, Dios se hizo presente entre los cautivos por medio de santos evangelizadores y redentores, y dándoles fortaleza para sufrir y morir a tantos mártires de la fe cristiana.

PADRE ANTONIO DE SOSA

El padre Antonio de Sosa, sacerdote portugués, que fue cautivado con otras 268, yendo de Barcelona a La Valeta (Malta), estuvo cautivo entre 1577 y 1581. Escribió algunos relatos autobiográficos. Nos dice que fue compañero de cautividad del famoso español Miguel de Cervantes, el autor del Quijote de la Mancha, durante más de 3 años y era amigo suyo. En su Diálogo de los mártires nos cuenta algo de las crueldades que él conoció por sí o por otros que se lo contaron.

Refiere que el padre Garaio fue apresado con el joven Jaime Puxol y otros más por un corsario al servicio del rey de Argel. Los llevaron a un baño (cárcel de los cautivos), donde el padre Garaio rezaba salmos y oraciones en latín, pero los llevaron a ambos un día al puerto y los ataron y los quemaron vivos.

En otra oportunidad, un grupo de cautivos cristianos se pusieron de acuerdo con un genovés de 20 años, que era renegado arrepentido, para que fuera a Mallorca y consiguiera un barco para huir en él. Todo lo tenían bien planeado. Era el año 1565. Consiguió el barco, pero fueron descubiertos antes de poder huir. Lo interrogaron al genovés sobre por qué había renunciado al islam y él les dijo: *Soy cristiano, contra mi voluntad me hicieron turco y ahora quiero vivir y morir en la ley de mis padres*. Lo llevaron a la playa, hicieron un hoyo y lo metieron hasta la cintura, y diez o doce moros comenzaron a tirarle cañas como si fueran flechas y, cuando ya estaba sin sentido lo remataron a pedradas. A los demás que querían huir, los encerraron con más cadenas y más tormentos, pero no los mataron, pensando en cobrar un buen rescate.

¹ Gabriel de Aranda, *Vida del padre Contreras*, pp. 480-481.

Juan Gaseo preparó dos bergantines para ir a Argel a liberar cautivos y quemar las naves turcas del puerto, pero no le salió el plan y no pudieron incendiar ningún barco. Más bien detectaron su presencia en el puerto de Argel en una noche cerrada y lo tomaron prisionero con sus marineros. Lo llevaron a la presencia del rey, quien lo mandó a la horca, donde lo engancharon por el talón del pie izquierdo para dejarlo así morir poco a poco. Pero algunos corsarios turcos le dijeron al rey que, si él lo mataba, podían después los españoles hacerles lo mismo a ellos. El rey a su pesar aceptó que lo liberaran del tormento en que estaba y lo llevaron a la mazmorra donde un cirujano cristiano, un tal Contreras, lo cuidó. Pero otros moros fueron al rey para que no permitiera que lo curaran y de nuevo el rey mandó que lo engancharan como al principio y murió traspasado por un gancho. El rey prohibió que lo enterrasen hasta que las aves le comieran la carne. Esto sucedió en 1567.

En 1531 Barbarroja, rey de Argel, tomó dos galeras de cristianos en Nápoles, cargadas de seda. Algunos de los cautivos llevados a Argel organizaron la huida, consiguieron espadas y las llaves del baño-cárcel del rey. Un cristiano herrero cautivo hizo un instrumento de hierro para poder abrir con él los candados y cerrojos de las puertas. Decidieron huir la noche de Navidad, pero un cristiano español, Francisco de Almansa, que había renegado de la fe dos veces, perdió un juego de cartas y por venganza le dijo el plan a Barbarroja. Los principales organizadores del escape eran 17, los sacaron de la mazmorra y los llevaron maniatados como ovejas al campo y los hicieron pedazos a cuchilladas, cortándoles brazos y piernas y todos los miembros del cuerpo, prohibiendo que los enterrasen para que se los comieran los perros y las aves del cielo.

Ese mismo año 1531, en abril, en unas obras públicas, trabajaban 700 cristianos cautivos. Estando un día con poca custodia de moros, quisieron matar a los guardias y huir para ser libres. Escribieron una carta a un español llamado Sotomayor, pero los moros la encontraron y vieron que se trataba del plan de huida. Barbarroja torturó a Sotomayor dándole 200 golpes en la espalda, barriga, plantas de los pies..., y después le pusieron fuego para que confesase todo lo que sabía, pero él no sabía nada, porque no había podido leer la carta donde le hablaban de la huida. El rey lo mandó quemar vivo con admiración de los presentes que vieron cuán esforzado era para soportar el dolor, repitiendo continuamente los nombres de Jesús y de María. Lo dejaron por muerto y mandó Barbarroja que lo echaran al mar. Pero el cristiano que recibió la orden, viendo que todavía estaba vivo, lo llevó al baño-cárcel para curarle, muriendo a los 9 días. Era el 16 de abril de 1531.

En 1535 el emperador Carlos V pensó en hacerle la guerra al rey de Argel y mandó aviso a Muley Assan, que era su vasallo y ex-rey de Argel. Pero Luis de

Paciencia, italiano, fue a Argel con un espía que llevaba los papeles del aviso y fue tomado preso. Empalaron al espía que quedó *como tordo en el asador* y murió. Al italiano lo ataron por los pies a la cola de un caballo y lo llevaron arrastrado por toda la ciudad de Túnez hasta que murió y lo dejaron en unos muladares para que lo comieran los perros. Esto sucedió 4 meses antes de que Carlos V tomara la Goleta y Túnez.

El 6 de agosto de 1558, el hijo de Barbarroja, Cheridin, hizo cautivo a Martín Forniel, que había sido moro y de padres moros, y se había convertido en cristiano. Trataron de hacerlo regresar a la fe del islam, incluso con la ayuda de su madre y parientes, pero él dijo que quería vivir y morir como cristiano. Era el 21 de noviembre de 1558. Lo sacaron de la cárcel y lo llevaron a las puertas de la ciudad y el verdugo echó mano de la pierna izquierda y el gritó: *Cristiano soy y cristiano quiero morir*. Le pusieron la pierna sobre el cepo y el verdugo con una hacha pequeña le cortó la pierna por la rodilla. Cortada la pierna y teniéndole de los brazos y del cuerpo algunos moros, le cortó la otra pierna. Después le cortó el brazo izquierdo y después el derecho. Muchos presentes se lamentaban mientras él invocaba a Jesús y a su bendita madre la Virgen María hasta que entregó su alma a Dios. Tenía 33 años. Lo tuvieron dos días en el patíbulo sin enterrar y después lo echaron al campo para que los perros y las aves se lo comieran. Pero algunos cristianos de noche lo enterraron sin que nadie supiera dónde.

En 1559 estaba cautivo Juan Cañete desde 1550, porque con su bergantín había dañado algunos barcos moros y había hecho cautivos algunos moros. Estuvo mucho tiempo en la mazmorra sin tomar el sol ni el aire. Un día lo ataron y, arrodillado, le dieron tres o cuatro cuchillazos en el cuello y, cuando estaba caído en tierra, un jenízaro lo degolló y le cortó la cabeza, llevándosela al rey al palacio. Clavaron su cabeza en una lanza para que todos la vieran durante dos días. Tenía 60 años y fue valiente ante la muerte, encomendándose al Señor

En 1561, en abril, un cristiano genovés, llamado Nicolín, fue cautivado y llevado a Trípoli donde le hicieron moro a la fuerza; porque, si no, lo mataban. Un renegado lo tuvo en su casa y este genovés llegó a ser corsario, pero siempre tenía la idea de irse a su tierra y hacerse cristiano. En 1563 pudo saltar a tierra en Italia y por tierra se fue a Nápoles donde fue bien recibido. Estando en Sicilia lo nombraron jefe de un barco para luchar contra los turcos y en varios viajes hizo buenas presas a los moros. Un día salió de Mesina con el maestre de campo Luis Osorio y encontraron 3 galeotas turcas, que los asaltaron y apresaron. Lo llevaron a Trípoli donde Nicolín era conocido y un renegado francés lo denunció como renegado musulmán. Lo condenaron a muerte y el 12 de abril de 1561 lo sacaron de la prisión maniatado, lo ataron a un palo y luego lo apedrearon, deshaciéndole la cara y la cabeza. Así murió. Después pusieron leña seca y quemaron su cuerpo. Tenía 34 años y fue admirable en su muerte como cristiano.

Otro caso de crueldad. Había dos muchachos menores de 15 años. El 4 de abril de 1562 cogieron de un almacén un poco de tafetán blanco. Los descubrieron y los denunciaron como ladrones. Los encerraron y el rey dijo que, si se hacían moros, les perdonaría y les daría muchas mercedes. Al no aceptar quiso circuncidarlos y hacerlos moros a la fuerza. Como no quisieron, los ataron a la cola de dos caballos. Uno de ellos dijo: *Desatadme, que me vuelvo moro*. Pero el otro lo reprendió y lo animó a seguir cristiano. Los turcos entonces arrearon a los caballos para arrastrarlos por las calles y así murieron, pronunciando hasta su muerte los nombres de Jesús y María. Después de muertos, ahorcaron sus cuerpos. Esto sucedió el 30 de marzo de 1562 ².

MIGUEL DE CERVANTES

Fue hecho preso el 26 de septiembre de 1575 y estuvo cinco años cautivo en Argel. Fue capturado, cuando venía de Nápoles a España. Intentó escaparse en cuatro oportunidades, pero en las cuatro oportunidades lo descubrieron a él y a sus cómplices y lo tuvieron con más cadenas y tormentos en la mazmorra. Su padre mandó dinero para rescatarlo, pero como no había suficiente con ese dinero, porque pedían más, dado que creían que era una persona importante, rescato en agosto de 1577 a su hermano Rodrigo, que también estaba cautivo.

En sus escritos sobre su cautiverio, dice Cervantes: *Nada nos fatigaba tanto como oír y ver a cada paso las jamás vistas y oídas crueldades que se usaba con los cristianos. Cada día ahorcaban a uno, empalaban a otro, desorejaban a aquel y esto con tan poca ocasión o tan sin ella, que los turcos conocían que lo hacían no mas que por hacerlo y por ser condición suya ser homicidas de todo el genero humano.*

Él estuvo en la mazmorra aherrojado con grillos y cadenas y tratado con sumo rigor, bien custodiado y se expuso a ser empalado. En ese tiempo había unos 25.000 cautivos en Argel. En 1580 fue rescatado por 500 ducados de oro por el trinitario fray Juan Gil. Este religioso firmó el siguiente documento del rescate: En la ciudad de Argel a 19 de septiembre de 1580, el muy reverendo fray Juan Gil, redentor, rescató a Miguel de Cervantes, natural de Alcalá de Henares, de 31 años (iba a cumplir 33), hijo de Rodrigo de Cervantes y de Leonor de Cortinas, vecino de Madrid, mediano de cuerpo, bien barbado, estropeado del brazo y mano izquierda. Costó el rescate 500 escudos de oro de España. Si no pagaba, lo llevaban a Constantinopla.

² Estos ejemplos están tomados del libro escrito por el padre Antonio de Sosa titulado *Topografía e historia general de Argel, Diálogo a los mártires*, 1612.

PADRE JOSÉ DE TAMAYO Y VELARDE (1601-1685)

Era un padre jesuita que escribió un libro autobiográfico titulado: *Memorias; costumbres, ritos y gobiernos de Berbería según el relato de un jesuita del siglo XVII*. Este libro fue editado por la universidad de Oviedo en 2017 y en él refiere:

En marzo de 1644 el padre provincial jesuita de la provincia de Castilla me mandó ir a Milán. Como el camino por Francia era poco seguro, estando el rey francés apoderado de Cataluña, decidí hacer el viaje por mar. Llegamos con prosperidad a Valencia y de allí viaje a Mallorca en una tartana (embarcación pequeña que suele servirse de remos). Yo siempre recelaba del peligro de los moros, que asaltaban barcos cristianos y hacía cautivos a los pasajeros. El 1 de mayo nos hicimos a la vela en la tartana, en la que íbamos 50 entre marineros y pasajeros. Entre ellos el padre dominico fray Vicente Trecenes, que iba a Roma al capítulo general de su Orden. Al día siguiente divisamos un navío a proa. Venía hacia nosotros. Todos nos persuadimos que era navío de moros. El navío nos llamaba con repetidos humos y nosotros interpretamos estas señales de amistad como engaño. Después supimos que era un navío inglés a quien una galera de Argel había querido asaltar, pero la esperó para combatir. Los moros, viendo su resolución a pelear y que estaba muy armada de artillería y superior a sus fuerzas, la dejaron y se fueron a esconder en las conilleras de Ibiza.

Nosotros, huyendo, nos entramos precisamente en ese lugar, que es una ensenada donde apenas entramos nos faltó el viento; quedando la tartana inmóvil sin poder moverse, aunque estábamos muy cerca de tierra. Luego divisamos a más de una legua de distancia venir una galera de los moros en nuestra busca. El piloto mandó echar al agua el esquife para escaparse él y no cuidando de los demás. Se embarcaron con él dos marineros para el remo, un coronel y un capitán, y llegaron a tierra. Algunos pasajeros se arrojaron al mar vestidos y calzados y escaparon nadando, pues estábamos a unos cien pasos de la tierra.

Yo busqué al padre dominico y nos confesamos uno al otro y nos dispusimos para lo que Dios quisiera hacer de nosotros. Nos abordó la galera con gran gritería al uso de los sarracenos y disparaban sus mosquetes al aire y en las velas. La galera tenía cien moros y saltaron a la tartana seis o siete sin encontrar resistencia y nos fueron registrando, buscando el dinero y cosas de valor. En total quedamos cautivos 40. A mí fue al único que me quitaron todos los vestidos, dejándome desnudo del todo. A todos les quitaban algo, pero les dejaban algo de vestir. La única razón que hallo fue la traición que nos hizo un moro disfrazado

de peregrino que iba con nosotros y huía de España y que les dio noticia a nuestros enemigos de cada uno de nosotros. A cada uno de nosotros nos echaron al pie cadenas de hierro. Para cenar nos dieron unas pocas aceitunas, que no tenían más que el hueso y pellejo, con aceite y vinagre y un poco de bizcocho, tan negro que ponía horror meterlo en la boca y tan duro que era impenetrable a la dentadura, y esto sirvió de comida y cena los 9 días que estuvimos en la galera. El padre dominico Vicente Trecenes pudo ayudar a reconciliarse con Dios a uno de los cautivos que le entregó un hechizo que traía consigo para no ser herido ni con balas ni con espadas. Este supersticioso objeto estaba ligado a una lámina redonda de plomo que tenía una hostia grande consagrada.

Me consultó qué hacer con la hostia consagrada. Juzgamos los dos que era probable que estuviera ya corrupta por el mucho tiempo que el penitente la llevaba pegada al pecho, llena de sudor y con el calor natural. Así acordamos echar la lámina de plomo con la hostia al mar y así lo hicimos. Llegamos a Argel. En total, con los de otro barco que habían asaltado, éramos más de cien cautivos. A mí y a otros nos llevaron al baño-cárcel. En Argel en ese tiempo había unos 40.000 cristianos.

Al mediodía un soldado de Chilihui (jefe de la ciudad) me dio un pan de cebada. Era un pan seco, duro y desabrido. Me fui a la iglesia que tienen los cristianos en esos baños. Mi deseo era decir misa cada día, que era un gran consuelo, y también confesar a algunos cristianos que, de cuando en cuando, me lo pedían y a la vez exhortarles a la constancia en la fe, porque hay muchos apóstatas, viendo cuanto crecen en honra y riqueza los renegados.

El jefe Chilihui decidió enviarme a Tetuán y que debía pagar el rescate por 7.000 escudos. Fuimos 50 cautivos en un barco. El capitán del barco nos daba cada día bacalao cocido con aceite y vinagre y bizcocho (una vez al día) y parte lo guardábamos para la noche. En 5 días llegamos a Tetuán. La mazmorra donde nos encerraron era una cueva cavada debajo de tierra de 20 pasos de largo y 3 ó 4 de ancho. Estuve cuatro meses sin salir de la mazmorra sin ver el cielo, sin respirar aire puro, con un continuo hastío. Me debilité de modo que parecía un esqueleto. Me iba secando, todo el cuerpo se me llenó de unas como escamas. Mi patrón se vio obligado a sacarme de la mazmorra y me puso en casa de un cristiano llamado Miguel Ángel, italiano de origen, que por viejo estaba fuera de aquella prisión pestilente y ganaba su vida en hacer aguardiente. Así pasaba con comodidad su cautiverio y sacó para pagar su rescate. Miguel Ángel me daba todas las mañanas una tacita de dos onzas de aguardiente, pues me dieron unas hemorragias mortales. Estuve casi a morir y recibí el viático que me dio el padre Pedro de la Concepción. Cuando ya estaba desahuciado Dios proveyó la medicina. Vino a mí el maese Juan que cuidó de mí para que no se perdiese mi rescate, ya que él cobraría el 10%. El remedio fue una escudilla de leche de cabra

recién ordeñada y exprimió medio limón y me lo dio a beber. Fue eficaz y, repetido durante 3 mañanas, quedé bueno del todo.

La mazmorra tiene innumerables molestias, porque el suelo es húmedo, causa de que se críen en él sapos y culebras, y todos los animalejos que molestan al cuerpo humano, piojos, pulgas y chinches en grande abundancia, y unos insectos a la manera de grillos con alas coloradas, que se crían en las concavidades de las paredes, y en corriendo aire de bochorno salen enjambres de ellos, que se meten por los ojos, especialmente de noche. No dejan dormir a los pobres cautivos, hartos de trabajar todo el día. Por las paredes están colgados muchos vasos inmundos, que sirven a las necesidades de los humanos, y no se sacan sino al anochecer cada día, estando aquel lugar inficionado con el mal olor que vaporan veinticuatro horas, y para sacarlos y limpiarlos no da licencia el alcaide si no se lo pagan, que es un tributo impuesto sobre la misma necesidad y pobreza. Este alcaide tiene dos ministros que de noche duermen sobre la mazmorra, con armas competentes para estorbar cualquier rompimiento o violencia que intentaren los cristianos para salirse de aquella estrecha prisión, aunque es casi imposible; porque ni el sitio lo permite, ni los pobres cautivos tienen fuerzas para acometer tal empresa.

En este lugar, cual está descrito, se encierran de noche todos los cautivos de Tetuán, menos los que sus amos o patrones quieren tener en sus casas, o los que por ancianos e impedidos los dejan fuera a sus aventuras, o aquellos que para estar fuera de la mazmorra y sin cadenas tienen por fiador, de que no se huirán, algún mercader cristiano. Cuando yo llegué, eran casi cuatrocientos los que de noche se encerraban, y los que en tan corto espacio no cabían de pies, considérese cómo se acostarían para dormir. Yo vi un canario, llamado Juan de la Cruz, que por no tener un pequeño lugar para acostarse, dormía pendiente de la soga y garabato con que echan de comer a los cristianos. Los demás están tan pegados unos con otros, que para mudar de lado es necesario levantarse en pie y dejarse caer de la otra parte.

Hay dos suertes de cautivos: unos que por ser gente menuda y de poco rescate, como son labradores, pescadores y marineros, los sacan a trabajar de día en las labores de sus campos, o en moler campeche para sus tintes, o en otras labores humildes; y a estos les dan de comer sus amos tan ruinmente que el poco pan que les dan es de panizo, negro y tan húmedo que se puede pegar a la pared como una pella de lodo.

Otros hay de mucho rescate, y estos nunca salen de la mazmorra, si no es que estén fiados, y a éstos les dan sus patrones ocho reales de plata cada luna, en unas monedillas que llaman malahíes, y les viene a salir a ocho maravedís de ración cada día, y para comer con estrechez, es bastante por ser muy barato

todo en Berbería; pero no les queda con qué poder vestirse y calzarse, ni para otros gastos forzosos que ocurren, como se ha dicho arriba, comprar papel y tinta y pluma para escribir, que son alas para salir de cautiverio y solicitar su libertad.

Había cuando yo entré en esta prisión dos frailes franciscos, dos agustinos, y un mínimo, y de los agustinos el uno era el padre maestro fray Juan Brabo de Laguna, natural de Sevilla, y hermano de don Luis Brabo, tesorero de las cajas reales de Lima. Persona que hará notable y lastimoso papel en esta relación, de quien ni puedo hablar sin cariño ni acordarme sin dolor. Estuvo esperándome para partir conmigo de su pobre comida. Y después de haberme hecho muchos agasajos con los otros religiosos, me llevó a su rancho y me sacó un poco de vaca cocida que era su ración. Yo comí de ella de muy buena gana, porque estaba en ayunas y famélico de muchos días. Reíase el padre y díjome:

— Qué alentadamente come vuestra paternidad, estará en la mazmorra ocho días y no podrá comer aunque pusieran faisanes.

Y fue así, porque antes de cuatro días me inmutó tanto aquella habitación que se me postraron las ganas de comer. Respirar aquel aire infecto y fétido, no poder dormir y estar en un sitio tan húmedo, me estragó tanto el apetito, cuanto me excitó una insaciable sed, y así todo era beber agua tan caliente, que por más que bebía nunca estaba satisfecho.

Pasamos aquella tarde con santa conversación, diciéndome los religiosos las penalidades que allí padecían, porque me previniese de paciencia para sufrirlas semejantes, y allá al anochecer vinieron dos moros con dos cadenas y me remacharon una en cada pie, como si fuera menester para quien estaba encerrado en tan estrecha jaula. Pesaban más de sesenta libras, y, porque cuando andaba no arrastrasen y me lastimasen los tobillos, me enseñaron el modo de traerlas colgadas de dos orillos de paño cruzados por los hombros; y con esta penalidad estuve hasta que me las quitaron, que fue dentro de quince días.

Sobraba allí mucho tiempo, y buscando en que ocuparle con algún provecho mío, después de haber rezado y dicho misa me ocupé en escribir aquel librito que anda por ahí intitulado “Job paciente en ambas fortunas”.

Miguel de Serralta concertó mi rescate por 3000 pesos. Viendo esto pedía a Antonio Tabares que hiciese por mí una fianza para poder andar fuera de la mazmorra sin grillos ni cadenas, obligándose a pagar mi rescate si yo hiciese fuga. Hizo esto luego Tabares con mucho gusto; y, quedando yo ya sin susto de

mazmorra, traté de disponer mi modo de vivir hasta que Dios fuese servido de darme entera libertad.

Lo que más necesitaba era tener lugar donde decir misa cada día sin verme obligado a bajar a la mazmorra, y no habiendo para eso comodidad en casa de Miguel Ángel mi huésped, tomé casa aparte alquilando una pequeña pero bastante, que me costaba de alquiler un real cada luna. Tenía abajo un patio, un pozo, cocina y un aposento, donde recogía a algunos cautivos ancianos que andaban descarriados por no tener posada. En lo alto había dos aposentos, el uno me servía para comer, dormir y otros usos; el otro reservé para decir misa en un altar portátil, que era necesario ponerle y quitarle cada día, guardando el ara y los demás ornamentos en una arquita por que no supiesen los moros que yo decía misa en casa suya, que no me lo consintieran.

Habiendo cuidado de mí en esta forma, quise cuidar de las almas de los prójimos, conforme a la obligación de mi santo Instituto. Consideraba aquella cristiandad por la mayor parte de hombres que se habían criado sin enseñanza de la ley cristiana, unos rústicos, otros marineros o pescadores y algunos soldados tornadizos, que se habían huido de los presidios, pareciéndoles menos mal estar cautivos con esperanza de redención, que padecer en ellos hambre y desnudez suma sin remedio. Había en éstos grande ignorancia de los artículos de nuestra fe, grande olvido de las obligaciones del cristiano, y viviendo entre moros se les pegaban sus abominables costumbres, y muchos estaban en peligro de renegar por el mal y cruel tratamiento de sus amos. Era ésta una copiosa mies en que podía yo tener un empleo muy conforme a mi obligación. Pero no había capacidad en la estrechura de mi posada para juntarlos e instruirlos, y echaba de menos en Tetuán las iglesias de los baños-cárceles de Argel.

Para suplir esta falta intenté un remedio, que como fue inspirado por Dios nuestro Señor, así lo promovió Su Majestad felizmente. Fuíme al cónsul de Francia, llamado Juan Marges, que vivía en unas casas grandes y espaciosas, y representéle la necesidad de aquellas almas y el deseo que tenía de instruir las en la fe y en el temor de Dios, y que para juntarlas convendría que dedicase una sala de su casa a estos ministerios, haciéndola capilla donde pudiesen oír misa y recibir los sacramentos de penitencia y eucaristía, y donde yo les pudiese platicar, instruyéndolos en la fe y exhortándolos a vivir como cristianos. Era el cónsul hombre piadoso de condición apacible y de ánimo generoso, y así fácilmente condescendió conmigo en el intento, y para ejercitarlo señaló la mejor sala de su casa, y dio todo cuanto fue menester para erigir el altar y adornarle decentemente.

Corrió la voz de la nueva iglesia entre los cristianos, y yo a cuantos veía les convidaba a que fuesen a gozar de la comodidad de oír misa los días de

fiesta, señalando la hora más oportuna para que la fuesen a oír sin faltar a sus tareas y, así, parte por la novedad, parte por verdadera devoción, acudían muchos los domingos y días festivos al santo sacrificio.

Llegó la Cuaresma del año 1645 y citélos para los viernes (que son días de fiesta entre los moros como los domingos entre nosotros), para que por la tarde se juntasen a oír la palabra de Dios, y así esos días acudían muchos más a casa del cónsul, donde les explicaba la doctrina cristiana, contábales algún ejemplo, o les platicaba del rigor del juicio, del horror de las penas del infierno, del aprecio de nuestra santa ley, fuera de la cual no hay salvación, y otros asuntos que los aficionase a la virtud, y los apartase de los vicios.

Festejamos la Semana Santa, haciendo un aseado monumento y colocando en él a Nuestro Señor sacramentado, dando principio a la solemnidad del Domingo de Ramos con una procesión en que cantábamos en voz alta, que pudo ser causa de que se perturbase nuestra devoción. Porque el moro dueño de la casa, viendo que en ella celebrábamos los divinos Oficios, se indignó mucho, pareciéndole que quedaba contaminada con ellos; y resueltamente dijo al cónsul que no lo había de consentir, y que había de dar cuenta al gobernador para que lo estorbase. Pero el cónsul con gran resolución y valor le respondió que él era libre y cristiano, y que se le había de permitir el uso de su ley, que si esto se le estorbase al punto se embarcaría en el primer barco y saldría de Tetuán. Esto bastó para tapar la boca al moro, a quien hizo más fuerza el interés que la religión, porque sin el cónsul, faltara el comercio de franceses, ingleses y holandeses, que acuden a aquel puerto abrigados de la protección del cónsul.

Dos Cuaresmas se continuaron estos santos ejercicios con provecho de muchas almas, que se confesaron en viendo algunos que hacía dos y tres años que no lo hacían, ni para cumplir con el precepto de la Iglesia. Pero en la primera Cuaresma procuró el demonio perturbarnos, moviendo una gran disensión entre el gobernador de Tetuán y el de Ceuta, que lo era don Luis de Alencastre, hijo tercero de la ilustrísima casa de Averio. Este señor prendió por una causa harto leve a un judío de Tetuán. El gobernador moro le pedía como reo que pertenecía a su jurisdicción. Don Luis no le quiso entregar, y ambos se empeñaron tanto que llegó el negocio a costar mucha sangre. Pero el moro, antes de romper con las armas, intentó otro medio para reducir al cristiano, que fue cargar de hierros y echar en la mazmorra a todos los que estábamos fiados fuera de ella, y procuró que me persuadiesen y escribiese a don Luis el miserable tratamiento que padecíamos por su causa, por ver si con esto se ablandaba. Escribí a su excelencia ponderándole con toda viveza todos nuestros trabajos, y suplicándole se compadeciese de nosotros. Decíale cómo se impedía el fruto que se hacía en aquella cristiandad con estorbar la predicación y doctrina y uso de los sacramentos, que eran todos motivos poderosos a mover un pecho tan

cristiano. No aceptó y el gobernador moro de Tetuán organizó una emboscada en la que mato a 6 nobles jóvenes e hizo prisioneros a otros. Se solucionó cuando a los pocos días, el gobernador cristiano pidió dejar el gobierno de Ceuta y vino otro más moderado.

Cuando salieron los padres redentores, con más de trecientos cuarenta cristianos rescatados, se prendió en Tetuán una furiosa peste, que como un incendio, cebándose en los cuerpos humanos, creció con tan vehementes llamas, que muchos días pasaban de ciento los muertos, y, en dos meses que duró, arrebató más de doce mil moros de ambos sexos.

Habían quedado después de la redención más de doscientos cristianos, en quienes también hizo estrago esta común calamidad, especialmente en los que andaban fuera de la mazmorra (que en ésta no tocó el contagio), y aunque para socorrer a los que caían con el sufragio de los sacramentos, tan necesario para disponerse a morir, había seis religiosos sacerdotes, ninguno acudía a tan extrema necesidad: unos porque no podían encerrados en la mazmorra; otros que estaban fuera de ella, porque el temor de que se les pegase el contagio los retiraba de este peligro, y huían la comunicación de los que estaban tocados de mal.

Así fue como conocí que Dios me había traído para que acudiese al socorro de aquellas desamparadas almas en el último artículo de perderse o salvarse. Por eso permitió aquella misericordísima providencia que yo no llegase a Mallorca, y que huyendo del navío inglés, que me avisaba el peligro, me fuese a poner en manos de los moros. Por eso me apartó del peligro de perecer en el navío francés que se quemó en Moncolobret. Por eso me transportó de Argel a Tetuán, y allí me libró de las gargantas de la muerte en una desahuciada enfermedad, curándome por mano de un moro con remedio tan impensado. Por eso quiso que se extraviase mi rescate para que yo no saliese en libertad con la redención, frustrando los deseos que tenía della toda mi provincia. Todos estos sucesos mostraban que Dios me había llegado allí para un ministerio tan propio de la Compañía y tan necesario para el bien de aquella cristiandad, disponiendo que ya yo estuviese fuera de la mazmorra para que pudiese libremente acudir a los necesitados.

Con la consideración de estas circunstancias, me hallé tan animoso para arrojarme a estos peligros, que puedo decir con verdad que entraba en ellos sin rastro de temor de que se me pegase el contagio. Era necesario confesar algunos que yacían en lugar tan estrecho, que casi nos bebíamos el aliento, sin otro defensivo que un lienzo mojado en vinagre puesto sobre la boca y narices. Llevaba conmigo en el pecho una carita con el Santísimo y otra con el óleo santo y, acabada la confesión, le daba al enfermo el viático y luego la extremaunción,

y le procuraba algún cristiano que le asistiese. Si moría le envolvíamos en una manta cosida con un bramante y, puesto en un féretro, le llevábamos a enterrar a un campo sagrado.

Sucedió tal vez, que no pudiendo entrar en una casa donde estaba enfermo un cristiano, porque su amo no lo consentía, fue necesario que él saliese al campo, y debajo de un árbol le administrase los sacramentos; y, por la bondad de Dios, ninguno de cuantos murieron en esta ocasión pasó de esta a la otra vida sin esta tan necesaria disposición.

A este cuidado de las almas se añadió el de los cuerpos, porque como la ropa de los moros apestados comúnmente la lavaban los cristianos que tenían en su casa, fácilmente se les pegaba el mal con el contacto de ropa inficionada y, así, era conveniente darles algún defensivo que les preservase del contagio. Había dádome el cónsul Juan Marges un poco de triaca, y desatándola en agua rosada, la daba a los que se sentían con alguna mala disposición o dolor de cabeza, que suele preceder a la landre, y decíales que se acostasen, y habiendo tomado aquella bebida, se arropasen muy bien, y si sudaban, escapaban del peligro.

A cuantos encontraba les decía que viniesen a mi posada y les daba unos bocados hechos de higos, pencas de nueces y ruda, todo picado y mezclado, que tomasen por las mañanas antes de salir de casa. Preservativos que hallé en un libro que me dio el mismo cónsul de un gran médico francés que escribió desta materia.

Uno de los que se recogían en mi posada, llamado Juan Cano, amaneció con una landre detrás de la oreja izquierda, y por de dentro había crecido tanto que no podía tragar la saliva ni otra cosa, y casi le quitaba la respiración. Apliquéle luego los remedios que hallé para este aprieto en el dicho libro. Hice que le sangrasen de una de las dos venas que tenemos debajo de la lengua, y fue tan eficaz el remedio que pudo sin dificultad tragar unos caldos de sustancia; luego, para madurar la hinchazón por de fuera, le puse un emplasto hecho de harina de habas, manteca de vacas fresca y cocimiento de linaza, y habiéndose madurado el tumor, el mismo que le sangró le abrió la postema y le sacó una raíz del grueso del dedo pulgar, con que quedó sano.

He querido contar aquí estos remedios, porque quizá se ofrecerá ocasión en que aproveche saberlos, y siempre que me acuerdo desto alabo la benignidad de nuestro Dios, que por tan impensados medios dispuso el socorro de aquellos desamparados cristianos, no sólo para bien espiritual de sus almas, sino para remedio de su salud corporal, y me hizo de repente médico, en tierra donde faltan los profesores de este arte.

Pero lo que más muestra en esta ocasión el amor que aquel soberano Señor tiene a las almas, que redimió con su sangre, es que habiendo algunas cristianas captivas, a quien yo no podía hablar ni socorrer con los sacramentos, si llegasen a peligrar de muerte, sólo una padeció el rigor de este común contagio de que murió, habiéndola movido Dios, con la suave eficacia de sus inspiraciones, a que por singularísimo camino buscase el consuelo de morir confesada y comulgada. El caso pasó así:

Tenía el gobernador de Tetuán una mujer cristiana cautiva llamada Clara, de nación gallega, de muy buen parecer y por eso muchas veces solicitada de su amo, pero de tan constante honestidad, que con ningunas caricias ni promesas la pudo rendir. Su condición era tan apacible, que tenía ganada la voluntad a la mora su señora, a sus hijas, y a todas las demás criadas de la casa. A ella le habían encargado la despensa y el cargo de dar a todas sus raciones, y lo hacía con tan buena gracia que nadie tenía queja de ella. Esta, pues, cuidadosa de su salvación, viendo morir cada día tanta gente, temió que a ella le tocase esta común calamidad, y deseaba no la cogiese desprevenida sin haberse confesado. Pero para esto hallaba cerrada la puerta, no pudiendo entrar yo ni otro sacerdote a hacer este oficio en casa del gobernador, y estuvo pensando cómo podría ella salir a buscar el confesor. Inspiróla Nuestro Señor un medio raro, en que consiguió su buen deseo a costa de su propia sangre. Tomó la cuchilla con que partía la carne y con ella se dio una gran herida en la mano izquierda. Bañada en sangre salió y se presentó a su señora fingiendo que casualmente se había herido, y pidiéndole licencia para ir a curarse a casa del Herrado, que era un moro que había sido esclavo del cirujano de las galeras de España, y había aprendido mucho de su amo, y puesto en libertad había comprado una botica y con ella ganaba su vida. Lastimada de la herida de Clara, su señora le dio licencia para que fuese a casa del Herrado a curarse llevando consigo otra criada anciana, que, aunque era mora era muy amiga de la cristiana. Habiéndose curado dijo a la vieja que quería ir a casa del cónsul para hablar al papaz -así llaman a los sacerdotes de los cristianos- vino en ello la compañera, y entró en ocasión que por ser día de fiesta yo estaba para decir misa, y llegándose a mí me dijo:

—Yo, padre, soy cristiana, y vengo a confesarme, porque no sé lo que será de mí en esta peste.

Después de haberme referido el artificio que usó para buscarme, se confesó muy a satisfacción suya y mía, y habiendo dicho misa la comulgué, con que la envié muy consolada, instruyéndola en lo que había de hacer si se viese en el artículo de la muerte, para tenerla dichosa. Dentro de pocos días se halló herida de landre, y entre los incendios de una ardiente calentura, estuvo tan en

sí, que no daba oídos a las moras que le decían importunamente que muriese en la ley de Mahoma, y la enterrarían con honor como a las otras moras. Pero ella estaba firme y tan constante en la fe de cristiana, que les decía:

—Señoras, si yo dijere que quiero ser mora, entiendan que estoy sin juicio y delirando con el furor de la calentura que me abrasa.

Y desta suerte acabó la vida la dichosa Clara, para gozar la eterna, como se puede esperar de la misericordia divina, que la previno con tan fervorosos impulsos.

PADRE FERNANDO DE CONTRERAS (1470-1548)

Fue un sacerdote diocesano extraordinario. La venerable Teresa Enríquez, que está en proceso de canonización, le ayudó mucho. El dirigió un colegio-asilo para niños, donde les enseñaban a leer, escribir, el catecismo y otras cosas útiles. El padre Contreras les celebraba misa y rezaba con ellos, especialmente el rosario. En 1526, teniendo ya 62 años, se dispuso en Sevilla a pasar a Argel para rescatar cautivos. La señora Teresa Enríquez, a lo largo del tiempo, le dio 300.000 ducados con los que rescató a 8.500 cautivos. Además, en su testamento ella estableció una renta anual de 20.000 maravedís en favor de los cautivos.

Llegó el padre Contreras a Argel y se dirigió directamente a hablar con el rey Barbarroja, que era el terror de Europa y la pesadilla del rey de España Carlos V. Pudo conseguir audiencia con él y le dijo que venía especialmente a rescatar a los niños esclavos. Barbarroja le dijo que nunca permitían el rescate de los niños. Sin embargo, le permitió visitar los baños (cárceles donde encerraban a los cautivos). Eran lugares que causaban compasión. Allí estaban los cautivos desnudos casi todos, cargados con cadenas y grillos tan pesados que apenas les dejaban moverse. Muchos de ellos eran remeros de las galeotas del rey, apenas había uno que no llevase en su cuerpo la marca del maltrato que habían sufrido en la navegación por la crueldad de los azotes. Unos estaban cojos, otros mancos y algunos sin orejas, sin narices o ciegos. El sustento que les daban era dos o tres pedazos de bizcocho, de mal olor de ordinario y muchas veces podrido, y por gran favor un poco de vinagre aguado para remojar el bizcocho. Y con frecuencia, aunque los moros tuvieran agua y al cautivo se le acabara, no le daban y debían tomar agua del mar. Estaban tan flacos que más parecían hombres sacados de la sepultura que seres vivientes. Estos eran los que podían andar a pie, que otros estaban en el duro suelo tendidos y tan sin aliento que solo la muerte podía serles de alivio; y sus patronos, viéndolos sin ningún provecho, les habían quitado la ración de pan, diciendo que, si habían de morir, era perdido lo que se gastase en ellos.

Los que viven en casas particulares están mejor. En algunas casas hay molindas para el trigo y ponen un cautivo como si fuera una mula en una noria. Cuando no tienen trabajo en la casa, los amos los hacen salir a buscarse el jornal en obras públicas o en otra cosa, pero deben entregarle el sueldo al patrón, porque, si no, los muelen a palos y los dejan inútiles y deben quedar a la puerta de casa, pidiendo limosna para comer. Es conocido que los moros tienen poca caridad hasta con los mismos moros pobres. Si están enfermos, no los curan, y los echan de casa o los abandonan en el campo hasta que mueran.

El padre Contreras hizo todo el esfuerzo posible para alentarlos y consolarlos y les habló así: *De este cautiverio quisiera sacaros por medio de una buena confesión. Examinad vuestras conciencias para que pueda ponerlos en gracia de Dios y restituíros a la libertad de los hijos de Dios.* Después pasó a las casas particulares, donde había también muchos cautivos, aunque en mejores condiciones que los de las mazmorras. Estos cautivos de particulares andaban por la ciudad, ganando el jornal para sus amos. El padre fue a visitarlos a sus casas, porque también había en ellas muchas mujeres y niños cautivos y así podía hacerse una idea de a quiénes rescatar y acordar el precio con los dueños.

Dios le facilitó su misión de rescatar niños, lo que nunca habían permitido los moros ni en Argel ni en Constantinopla, porque a las niñas las usaban para hacer de ellas concubinas o, en el mejor de los casos, esposas; o prostitutas para que ganaran dinero para sus amos. A los niños varones, después de convertirlos al islam, los hacían soldados o eunucos para cuidar los harenes.

En 1532 hubo una gran sequía en Argel. Barbarroja ordenó a los morabutos (sacerdotes del islam) hacer rogativas y plegarias con procesiones para pedir a Dios lluvia, pero todo fue en vano. Lo mismo mandó que hicieran los judíos y tampoco obtuvieron nada. El padre Contreras se ofreció al rey para obtener lluvia, pero con la condición de que, si la obtenía, él debía permitirle rescatar a todos los niños que quisiera sin que nadie pudiera negarse, ni siquiera los amos particulares. También le pidió que todos los niños cristianos menores de 14 años pudieran salir de sus casas durante tres días y lo mismo los niños moros menores de 7 años, con el fin de poder organizarlos para las procesiones de rogativas. El rey aceptó, porque era mucha la necesidad de lluvia y todas las cosechas se iban a perder.

Durante tres días reunió a todos los niños y también a algunos sacerdotes y religiosos cautivos para que pusieran orden en la procesión, cantaran las letanías y ayudaran con sus plegarias.

Después de los tres días en los que aprovechó para catequizar a los niños cristianos, comenzó la procesión llevando al frente un estandarte de Cristo

crucificado y dos cautivos con velas encendidas. Toda la ciudad de Argel estaba en expectativa. Salieron 300 niños cristianos y algunos niños moros en procesión, cantando las letanías. A los pocos pasos, comenzó a variar el tiempo, a humedecerse el aire y después empezó a llover de modo que las calles eran como ríos. Se tuvo que deshacer la procesión por tanta agua, quedando el padre Contreras solo en medio de la calle. La maravilla fue que él no se mojó y caminaba sin mojarse a la vista de los moros.

Los morabutos le dijeron al rey que la lluvia la había producido el padre por medio de artes mágicas con ayuda del demonio y que eso no era milagro de Dios. Estaban envidiosos, pero el rey les dijo que el padre Contreras era un santo, amigo de Dios, y le permitió rescatar a todos los niños que quisiera. Y esta orden la mandó publicar para que ninguno, bajo pena de vida, impidiera al padre el rescate de cualquier niño que pagando quisiera adquirir. Y todos le ofrecieron niños a precio moderado. Algunos ricos incluso se los entregaban gratis, lo mismo que hizo el rey. En total rescato a 300 niños y algunos cautivos adultos. En 1612 hubo otra sequía en Argel y también los moros y judíos hicieron sus procesiones y plegarias, pero solo las procesiones de los cristianos obtuvieron la lluvia al cuarto día de oración. En esa oportunidad llovió a cántaros durante 6 días.

Después de este gran éxito, el padre se volvió a Sevilla. Ya estaban avisados y fueron todos a dar gracias a Dios y cantar un Te Deum. Todas las campanas de la ciudad repicaron con alegría por tan gran acontecimiento. Y era hermoso ver aquella procesión de 300 niños y algunos adultos que venían del cautiverio. Los alojaron en unos almacenes, esperando que en pocos días pudieran reintegrarse a sus familias. Con este triunfo, todos querían colaborar y le daban dinero para que siguiera rescatando más cautivos.

El padre Contreras organizó una segunda expedición en 1533. Como se había hecho famoso entre los moros como amigo de Dios, muchos de ellos iban a pedirle la salud. Liberó a dos moros endemoniados, uno de ellos cuñado de Barbarroja. Lo exorcizó en el palacio real y salió el demonio. Lo llevaron a otra casa y también expulsó al demonio de otro endemoniado. En ambos casos, como prueba de que salía el demonio hizo salir de sus bocas un turbante. Muchos al ver sus milagros se convirtieron en privado y algunos renegados regresaron a la fe, aunque fuera solo en privado por temor a las represalias. Porque todos saben que el islam tiene puerta de entrada, pero no tiene puerta de salida. Uno de los mayores pecados para los moros es renegar de su fe islámica. Mahoma, en un caso concreto que suelen citar, cuando le hablaron de un caso de estos, solo dijo: *Mátenlo*. Y así, aun en el siglo XXI, el renegar del islam merece para muchos la muerte o al menos un abandono total de su familia y la pena de cárcel en países de mayoría musulmana.

El rey en esta ocasión, al igual que en la primera expedición, le dio gratis muchos cautivos y otros a bajo precio. Cuando quedó sin dinero, ajustó el rescate con los amos y como garantía de que pagaría los 300 escudos que debía, les dejó su báculo, y así pudo llevarse más cautivos liberados. Salió de Argel esta segunda vez en junio de 1533. Estando ya en el mar hacia España les salió una galeota turca y el padre subió a popa y a la vista de los turcos, dijo: *Yo soy el padre Contreras*. Y le dejaron seguir su camino. Además, tenía un salvoconducto de Barbarroja por si acaso lo detuvieran.

Tomó tierra en Gibraltar, donde vio judíos y moros convertidos por él, que habían escapado de Argel para poder ser bautizados en España, y le estaban esperando. Llegaron a Sevilla y como la primera vez cantaron un Te Deum en la capilla de la Virgen de la Antigua.

En 1534 fue su tercera expedición. Fue a Túnez. Lo primero fue pagar la deuda dejada en Argel y recuperar su báculo. En Túnez había muchos cristianos que habitaban en un barrio de más de 100 casas y componían la guardia personal del rey, pero estaban contaminados de las malas costumbres y faltos de doctrina cristiana. Eran cristianos solo de nombre. Barbarroja le dio permiso al padre Contreras para celebrarles misa y predicarles y muchos se confesaron con él. En 1535 Carlos V tomó Túnez y estos cristianos le pidieron que les diese un oficio en tierra y muchos moros se hicieron cristianos y pasaron a España.

Durante su estancia en Túnez en 1534 visitó las mazmorras de los cautivos. Vio a más de 700 y los confesó y dio la comunión. Sanó muchos enfermos moros que lo buscaban por su fama de santidad y le daban cautivos gratis o a bajo precio. Cuando salió de Túnez con sus cautivos, les salieron al paso 7 galeras de corsarios y se fue a popa y de rodillas oró a Dios y al punto se levantó una niebla que los cubrió, de modo que, estando las galeras muy cerca, no los veían hasta que cansados se retiraron y no los persiguieron. Así llegó a Sevilla para dar gracias a Dios como otras veces.

En 1535 hizo la cuarta expedición, pero esta vez se fue a Ceuta y desde allí a Tetuán y después al reino de Fez. Se presentó al rey, tuvo buena acogida. Allí había unas 200 casas de jóvenes homosexuales, que se vestían de mujeres y tenían gestos y ademanes de mujeres. Con permiso del rey, visitó las mazmorras de cautivos y los adoctrinó y animó a confesarse. Rescató a los que pudo. Después fue a Tetuán donde consoló y alentó a los cautivos, aunque no tenía ya dinero para rescatarlos. Sin embargo, ajustó el rescate por 300 ducados y ofreció como otras veces su báculo como garantía. De Tetuán llegó a Ceuta, que pertenecía a Portugal. El gobernador le ofreció una fragata para pasar a España. Salieron con buen tiempo y a la hora vino una tremenda tormenta. Él se puso en

oración. Después descolgó su manto hasta el agua y el mar se calmó. Llegaron a Gibraltar con salud y fueron en procesión a la iglesia principal, cantando y dando gracias. Después fue a Sevilla con sus cautivos liberados. En 1536 envió a pagar la deuda contraída en Tetuán y sacar su báculo.

Estuvo en Sevilla tres años ya que en 1535 el emperador Carlos V había tomado Túnez y las cosas con los moros estaban en mucha tensión. En este tiempo en Sevilla estuvo muy enfermo del pecho y oraba mucho a la Virgen María, a Jesús Eucaristía. Un día echó por la boca una culebrita de un palmo, quizás fue un lombriz grande, lo cierto es que se curó y tuvo esto como milagroso y obra de la Virgen.

En 1539 hizo la quinta expedición. Fue a Ceuta primero. Algunos empleados del gobernador portugués lo espionaron por la noche a través de la cerradura, pensando que estaría dormido y lo vieron en éxtasis, elevado del suelo. Esperaban hacerle una broma pesada, pero al salir el padre por la mañana como hacía todos los días para celebrar misa, vieron su rostro resplandeciente. Y le pidieron perdón ³.

Después fue a Fez y con el permiso del rey pudo celebrar misa y predicar a los cautivos. Cuando se le acabó el dinero, quiso llevarse cautivos bajo garantía de que pagaría y dejar su báculo, pero esta vez no aceptaron y tuvo que detenerse más tiempo a ver cómo podía solucionar el problema. Felizmente Dios actuó en su favor y le comunicaron de España que le habían dejado 12 cuentos de maravedís y así pudo pagar el rescate de los que tenía acordados y llevarlos libres.

Es importante anotar que los padres redentores mercedarios y trinitarios hacían voto de quedarse en lugar de algún cautivo que estuviera en extrema necesidad o en peligro de renegar. El padre Contreras no estaba obligado por ningún voto y no era fraile, sino sacerdote diocesano. En esta quinta expedición supo que había 17 jovencitos que estaban a punto de renegar y concertó su rescate por 1.400 ducados, quedando como rehén por falta de dinero.

En noviembre de 1540 llegó a Sevilla con los cautivos de Gibraltar rescatados. Volvió en marzo de 1541. Para pasar de Gibraltar a Ceuta había grandes tormentas y parecía imposible en muchos días pasar el estrecho. Más de 20 testigos declararon que, haciendo de su manto como si fuera un barquita firme y segura, navegó sobre él y llegó a Ceuta sin novedad. Lo encontraron ya en Ceuta a las puertas de la ciudad en éxtasis. También pasó algunos ríos que no se podían vadear de esta manera sobre su manto. Este milagro de pasar el mar sobre

³ Esto y mucho más está en las informaciones del Proceso de canonización que le hicieron en Ceuta.

el manto también lo hizo san Raimundo de Peñafort (1175-1275) al pasar de Mallorca a Barcelona, y san Francisco de Paula en 1464 al pasar el estrecho de Mesina sobre su propio manto. Estando ya en Ceuta esta ciudad fue asediada por una gran multitud de moros. El padre Contreras subió al torreón del baluarte, sacó del pecho un santo crucifijo y con el libro de exorcismos exorcizó a los moros como si fueran langostas que, en vez de comerse el trigo, querían destruir la fe cristiana. Con esos exorcismos y mucha oración consiguió el padre Contreras que Dios pusiera mucha fuerza en los cristianos y tanta pusilanimidad en los moros que tuvieron que huir derrotados. Así lo deponen algunos testigos en las informaciones de Ceuta para el proceso de canonización del padre Contreras. Después se retiró a una ermita para pasar la Cuaresma en oración y ayuno. Regresó a la ciudad para celebrar la Pascua y confesar a todos, especialmente a los soldados.

De Ceuta se fue a Tetuán en esta sexta expedición de rescate, era el año 1541. Estando en Tetuán, María de la Cruz testificó que unas mujeres lo espionaron al padre que estaba en una ermita y vieron cómo se daba golpes de disciplina sobre sus espaldas y cómo le salía sangre. Ellas quedaron arrepentidas. En esa misma ciudad, con dinero que le dieron en el reino de Portugal, rescató a todos los portugueses cautivos de Tetuán. También curó a una endemoniada cristiana, que vivía con un moro, y por amor no quería que la rescatasen.

En 1544 en su séptima expedición rescató a muchos, pero especialmente a 340 jóvenes que estaban en peligro de renegar de la fe cristiana, pero como ya no tenía dinero para pagar, quedó preso en Tetuán por 12.000 ducados hasta que fueran enviados de España, pero los interesados pudieron ser libres desde el primer momento...El padre Mata Franca refiere un suceso que pasó con el padre antes de quedar preso. Un cautivo cristiano, viendo que su rescate estaba ya ajustado y antes de pagar, se puso a insultar a su amo de malas maneras. Su amo tomó su espada y lo iba a matar, pero el padre Contreras que le vio levantar el brazo, gritó con fuerza: *Jesús detén su brazo*. Y al instante el brazo del moro quedó como un mármol inmóvil y no lo podía mover. Durante dos horas estuvo así y muchos moros y cristianos vieron el suceso. Después el padre Contreras le pidió a Dios que le restituyera el brazo y el moro, al ver ese milagro, perdonó al cautivo y coordinando con el padre Contreras, huyó a España para hacerse cristiano, muriendo como buen cristiano ⁴.

En 1546 regresó a Sevilla y se dedicó a promover las buenas costumbres. Un caso trágico fue motivo de intervenir para solucionarlo. Un caballero importante de la ciudad tenía un hijo a quien mataron. Se consiguió apresar al asesino y el padre presionaba a los jueces para que lo condenasen a muerte.

⁴ Gabriel de Aranda, *Vida del siervo de Dios, Fernando de Contreras*, Sevilla, 1692, p. 591.

Algunos acudieron al padre Contreras para pedirle que el padre perdonara al asesino. El padre Contreras se fue a buscar al caballero, pero no pudo conseguir su perdón. Sin embargo, este le dijo: *Padre, pídamelo lo que quiera y lo haré, pero perdonar no puedo hacerlo*. El padre le dijo: *Vaya allí enfrente donde está la imagen de la Virgen de la Estrella y récele una Salve, y después vuelva acá*. Obedeció el caballero y apenas comenzó a rezar vio el rostro severo de la Virgen y comenzó a gritar: *Padre, lo perdono al asesino, porque Nuestra Señora está muy enojada*. Ambos se fueron al juez que seguía la causa y el asesino se libró de muerte segura a la que ya estaba sentenciado. El emperador Carlos V, conociendo su santidad lo nombró obispo de Guadix, pero él no aceptó .

En 1547 se embarcó de nuevo hacia Argel. Rescató a un obispo de Mallorca y, viendo que los moros a los cristianos que morían los echaban al campo para alimento de los perros y de las aves, y a otros los echaban al mar para alimento de los peces, compró un lugar para cementerio de los cristianos. El rey también le dio permiso para comprar unas casas que sirvieran de hospitales donde se pudiera curar a los cautivos enfermos. Cuando volvía a España con los cautivos rescatados divisaron dos barcos turcos que llevaban un barco cristiano que habían capturado cargado de mercancías. Él, en vez de decir al piloto de su barco que huyera, le pidió que se acercara a los dos barcos turcos y pasó al barco del capitán turco y le pidió que dejara libres a los cautivos y a la nave que habían apresado. No se sabe cómo lo consiguió ni qué le dijo al capitán, pero seguro que Dios puso las palabras apropiadas en su boca y el capitán, contra toda esperanza le concedió lo que pedía y quedó libre el barco y los cautivos del barco cristiano. Quizás esos corsarios conocían al padre, que tenía fama de santo y no quisieran oponerse a un santo, amigo de Dios. En total sus expediciones de rescate fueron nueve.

El padre Fernando de Contreras murió el 17 de febrero de 1548 en Sevilla con 78 años. Durante los tres días que estuvo sin enterrar, su cuerpo estaba incorrupto y flexible y exhalaba una fragancia celestial. Muchos testigos certificaron en su proceso de canonización que las campanas tocaron solas milagrosamente en el momento de su muerte. Al tercer día tuvieron que enterrarlo a toda prisa, porque la gente quería asaltar el ataúd. De hecho, muchos le quitaron, no solo el bonete, sino las uñas, cortaron sus vestimentas sacerdotales y le quitaron los pelos de la barba y de la cabeza.

En 1549, al año siguiente de su muerte, le pusieron un epitafio que decía: *Aquí reposa más que yace, Fernando Contreras..., habiendo reducido al conocimiento de la verdad a moros y judíos..., y haber redimido en África gran número de cristianos cautivos*.

El 12 de febrero de 1735 el Papa reconoció la heroicidad de sus virtudes y esperamos que sea canonizado para gloria de Dios y de la Iglesia.

PADRE JERÓNIMO GRACIÁN

El padre Jerónimo Gracián en su escrito *Peregrinación de Anastasio*, diálogo 6 y 7 nos dice: El 11 de octubre de 1593 a las 10 a.m, viniendo en una fragata de Antonio de Leiva, a 10 millas de Gaeta vino una galeota de los turcos, robaron la fragata y nos subieron a la galeota. Éramos 9 marineros y 6 pasajeros, más un criado que iba conmigo. Los turcos, al subir a nuestro barco, gritaban: áspero, áspero, es decir, dinero, dinero. Me desnudaron, dejándome solo un pañete de lienzo y me echaron esposas. Pensé morir, porque remar en galeota de turcos es muerte. Vi que con mis papeles que llevaba para imprimir en Roma de la *Armonía mística*, que me habían costado mucho trabajo, ellos limpiaban sus escopetas. La comida era de tarde en tarde. Daban un poco de bizcocho negro, hediondo y lleno de chinches, y la bebida era agua tan hedionda que era bien necesario tapar las narices. La deposición corporal no era cuando el cuerpo lo pidiese, sino una vez al día a puesta de sol. La cama que me dejaron tenía como cabecera un tonel de pólvora. Cuando tenían que pelear contra los cristianos, me pedían que les diese en mano los arcabuces, pero nunca quise hacer nada para cooperar con muertos o prisioneros cristianos.

Cuando metían al barco algunos cristianos cautivos unos estaban heridos de muerte y había que confesarlos presto. Otros trataban de renegar de la fe y había que reprenderlos y sustentarlos en ella. Otros, llorando, me pedían pan y agua, porque perecían de sed como si yo no fuera cautivo como ellos. Llegamos a una isla frente a Nápoles. Los turcos hacían su comida. Yo, sentado sobre una piedra miraba al cielo. Llegó un turco y me pidió el pie derecho y me hizo una cruz con un hierro ardiente que traía en la mano y al rato me pidió el pie izquierdo. Me dijeron algunos cristianos que eso le hacían a los sacerdotes para que calmaran el mar y, si no, aparejaos que os quemarán vivo, que así es su devoción (o su manera de pensar).

De Gaeta fueron a Nápoles y en el camino robaron en una iglesia y tomaron a varios cristianos y ganados. En el golfo de Nápoles robaron las barcas en que venían a la ciudad provisiones y así llegaron a Bicerta, su tierra, con 190 cautivos. Al llegar me tocó de patrón Elisbey y me encerró en su mazmorra. Allí estábamos más de 30 y no se acordó de darnos de comer y beber en muchas horas hasta que nos trajo una olla de caldo en que había cocido media cabeza de vaca. A mí me tocó el hocico. A los que habían dado palabra de renegar, les traían de comer aparte y no mal, pero de nosotros se olvidaban.

Creyeron que yo era arzobispo que iba a Roma a ser cardenal y dentro de pocos días iba a ser Papa. Me llamaban Papazquivir. Esto llegó a oídos del Bajá y envió por mí a Zambali con gran acompañamiento de lanzas y arcabuces. Los cristianos me dijeron que a los cautivos principales los llevaban a Constantinopla y los metían en grandes jaulas hasta morir (como si fueran ejemplares de museo). Perdí la esperanza de ser rescatado, pero Elisbey me hizo llevar al baño-cárcel de Durali, que no era súbdito del Bajá de Túnez y no quiso entregarme, pero lo amenazaron y me llevaron a Túnez, y llevado ante el Bajá, me mandó arrodillarme y me interrogó sobre cosas de España. Después me encerró en una estancia y allí estaba un cristiano, llamado Juan Casas, a quien le habían dado 800 palos. Me encerraron en la cárcel con traviesas como a un cristiano de rescate. Yo predicaba cada noche a los cautivos. Había 600 cristianos y nos dejaban celebrar misa, porque decía el Bajá que los sacerdotes hacían buenos a los cristianos. Yo les hablaba a los cautivos mal de Mahoma y del islam para fortalecer su fe cristiana, y les celebraba misa y cantábamos. Pero un guardián se quejó al Bajá de que yo hablaba mal de Mahoma. El Bajá le dijo: *¿Por qué te metes a oír lo que el papaz (sacerdote) predica? ¿Quieres hacerte cristiano?*

Por ser un lugar muy estrecho y los más con cadenas, había mucha hediondez e infinidad de sabandijas. La comida era de dos panecillos negros peores que la cebada y no muy grandes. Estuve allí desde noviembre hasta Navidad. Confesaba a los cautivos y les reprendía los vicios. Arreglaba sus riñas, los visitaba cuando estaban enfermos y, si a alguno le querían cortar las orejas o narices, yo con dinero conseguía su perdón. Les guardaba el dinero que algunos conseguían fuera de la cárcel con algunos trabajos o el que les daban algunos moros a los barberos cristianos por curarlos.

Si algún cristiano robaba algo a un moro, venían a quejarse a mí y, si aparecía, me daban algún dinero. A los renegados les escribía cartas y con dinero que venía para mí, pude rescatar a algunos en peligro de renegar de la fe. Celebraba misa, alternando con el padre Luis. Uno antes del amanecer para los que salían fuera a trabajar y otro para los que quedaban. Así oían los 600 misa. Algún día iba a casas particulares para ayudar a los cautivos que había, en total en casas particulares había 1.600. Celebraba misa en secreto para las cristianas y también para algunas renegadas que asistían.

Había moras ricas que habían renegado de la fe, pero vivían como cristianas en privado. Rezaban como cristianas y con sus coches iban a una huerta donde tenían escondido un clérigo que les decía misa. El padre Haedo dice por su parte que conocía a algunas renegadas casadas con moros ricos y que tenían hijos y mucho regalo y se encomendaban a Jesucristo y a la Virgen María y daban en su nombre muchas limosnas y hacían decir misa a los padres

redentores y daban dinero para el rescate de cautivos cristianos. Estas moras ricas encargaban muchas misas a los sacerdotes.

En la víspera de Navidad de 1593 un cristiano portugués vino a mí antes de cerrar el baño-cárcel y, de rodillas y llorando, me decía que estuviese firme en la fe. *¿Por qué me dices eso?* Le pregunté. Respondió: *Sepa que los jenízaros son más de 4.000 y han dicho al Bajá que saben que usted es inquisidor y que ha quemado en tierra de cristianos a más de 50 renegados. Prepárese para mañana a las 8 a.m., porque el Bajá no va a contradecir a los jenízaros. A fray Juan Venegas quemaron vivo en Argel por solo decir que era primo de un inquisidor.*

Me asusté y se me heló la sangre. Vinieron los cautivos del trabajo exterior y lloraban consolándome. Me confesé con el padre Luis. Celebré las 3 misas que suelen celebrarse el día de Navidad. Por la mañana vino un cristiano de Montilla y me dijo que él había concertado con un renegado que, cuando estuviese atado en el fuego, me daría una puñalada en el corazón y le daría 10 escudos. Pasaron algunos días y yo cada mañana esperaba la ejecución. Pero el Bajá había dicho a los jenízaros: *El sacerdote es arzobispo que iba a Roma a ser cardenal y después Papa.* Y por su rescate le darían 30.000 escudos y ese dinero era para sus pagas. Así se calmaron, pero seguían pensando que yo era un inquisidor, porque cuando me cautivaron estaba en una fragata de la Inquisición, que iba de Nápoles a Roma.

Un día trajeron preso a un renegado llamado Mamí, de Salamanca, porque decía que había matado a su patrón. Él sabía arábigo y me lo enseñó. Le aconsejé que volviera a la fe y aceptó. Pero para volver a la fe debía confesar la fe católica ante cristianos y moros, lo que era como una condena a muerte, porque los moros no pueden aceptar que un moro pueda renegar de su fe. Sin embargo, determinó hacerlo y exponerse al martirio para salvarse. Salió al patio y proclamó que era cristiano ante los guardianes. Otro renegado que era guardián, le dijo: *¿Cómo tú haces esto? La culpa es del papaz (sacerdote), que quiere hacernos a todos cristianos.* Y fue a quejarse al Bajá.

A las dos horas oímos un gran ruido. *Papazquivir y Mamí salgan fuera.* Salimos los dos mano a mano. Nos llevaron a una fragua. Me quitaron las traviesas y mandaron que mis traviesas se las echasen a Mamí. Después me pusieron las traviesas majarescas (hierros pesados con más ganchos, que hacen puntas y se juntan con clavos grandes remachados). El Bajá me defendió y evitó ajusticiarme por los 30.000 escudos que pensaba recibir. Poco después un renegado me dijo que, si le daban 500 ducados, él me ayudaría a huir de la prisión. No quise pero se corrió la voz y me pusieron una guardia particular. Yo tenía entre los moros fama de gran sacerdote y muy santo y venían algunos

sacerdotes del islam (morabutos) y se lamentaban de que me tuvieran así con hierros.

Por fin mis familiares de Gaeta le dieron a un judío 600 escudos para mi rescate. Costó 1.300 escudos de oro y pude rescatar además a otro sacerdote, llamado Utiel, y así pude llegar a Génova y después a Roma. Estuve dos años cautivo.

SANTO DOMINGO DE SILOS (1000-1073)

Durante los siglos once, doce, trece especialmente multitud incontable de cautivos cristianos rescatados milagrosamente por santo Domingo de Silos de Andalucía y del Norte de África se presentaron en la abadía para darle gracias. Muchos de ellos traían los hierros con que habían sido encadenados para dejarlos en el monasterio como señal del milagro. *Pero* (Pedro) Marín, que era uno de los monjes que vivían en Silos en el siglo XIII, al ver tantos cautivos liberados, tuvo la feliz idea de recoger estos relatos y escribió un libro con ellos: *Los milagros romanizados de santo Domingo de Silos*.

En el siglo XIII, la gran devoción que la gente tenía a santo Domingo de Silos estuvo vinculada a tantos relatos de liberaciones que sucedieron y que se contaban unos a otros. La serie de milagros de liberación de Pero Marín se inicia en 1274. Muchos de estos milagros el mismo Pero Marín los oyó contar a los interesados cuando iban al monasterio de Silos a dar gracias al santo y llevar sus grillos o ex-votos. En algunos casos los cautivos procedían de combates entre dos ejércitos. En 1275 en la batalla de Écija fueron hechos cautivos 7.000 cristianos. En una expedición bélica que hizo el moro Abu Yuzaf capturó 1.500. Otras veces eran razzias de poca envergadura en la que algunas bandas iban a la caza de cautivos, que tomaban desprevenidos cuando cultivaban los campos etc., y así conseguían dinero al venderlos en el mercado o simplemente los tenían como esclavos para hacer las labores del campo u otros trabajos durante el día. En la noche los encerraban en oscuras y profundas mazmorras sin apenas darles de comer y con pesadas cadenas para que no pudieran escapar. Muchos de estos cautivos morían por las malas condiciones de vida, el frío, la mala alimentación, torturas etc. Otros pasaban años de sufrimiento antes de ser rescatados por sus familiares o ser liberados milagrosamente. El principal mercado de esclavos estaba en Granada, en otras ciudades importantes de Andalucía y en el Norte de África.

La queja general de los que eran liberados era la mala y escasa comida, que consistía normalmente en libra y media (690 gramos de cereales de poca calidad como panizo, zahína, cebada, ordio, etc). Muy pocas veces les daban

otros alimentos más nutritivos. Lo mismo podemos decir con relación al vestido, pues se reducía a simples harapos y deshechos; por lo que pasaban mucho frío, sobre todo, en invierno. En ocasiones, no estaban solos, sino que estaban hacinados grupos de 20, 50 o hasta 60 y 100 en algunos pocos casos. También había mujeres, que generalmente las tomaban para concubinas y para hacer tareas caseras, pero que también metían en las cárceles por la noche para evitar fugas. Las cárceles, donde pasaban las noches, eran subterráneas y sin luz; a veces, pozos abandonados, donde era difícil la fuga por bajarlos con escalera, que después quitaban, dejándolos encerrados con candados. También tenían guardas y perros para vigilarlos. En ocasiones los torturaban para que pagasen un rescate y lo hicieran saber a sus familiares o para que se convirtieran a la fe islámica o por algunas faltas cometidas. Las intervenciones del santo, normalmente eran en medio de la noche, presentándose con un gran resplandor, diciendo su nombre y el del cautivo para darles confianza. Hacía que se cayeran sus cadenas y que pudieran pasar las puertas de las casas o de la ciudad sin problema, encontrándolas todas abiertas.

CASOS REALES

En 1276 iba Domingo Juárez de Córdoba con otros compañeros hacia Granada y se encontraron con moros que mataron a varios de ellos y a otros los hicieron presos. Este Domingo Juárez estaba en la cárcel con otros doce y él se encomendaba todos los días al Señor, a la Virgen y a santo Domingo de Silos. Un día se le presentó santo Domingo y le dijo:

Levántate y vete fuera.

¿Quién sois señor?

Yo soy santo Domingo, que vengo por ti.

Se le rompieron en ese momento los hierros de los pies. Y dijo al santo: *Señor estos que están aquí conmigo, ¿qué será de ellos?* El santo respondió: *Ten por seguro que vendré por ti.*

A los pocos días vino el santo con gran claridad a la cárcel y dijo: *Domingo Juárez, levántate.* Y se le cayeron los hierros de los pies y los otros presos no lo sintieron. Y salió detrás de santo Domingo y halló las puertas de la casa y del corral abiertas. Y halló muchos moros que vigilaban la villa y no le dijeron nada; y fue a ver a su madre a Córdoba y llegó aquí al monasterio Silos el 12 de septiembre ⁵.

⁵ Pero Marín, *Los milagros romanizados de santo Domingo de Silos*, Ed. Real Academia Alfonso X el sabio, Murcia, 2008, pp. 59-60.

Un pobre soldado, llamado Pedro, partió con otros a tierra de sarracenos. Al principio se dieron a robar, pero pronto cayeron en manos de los infieles, quienes se los repartieron como esclavos. Pedro cayó en suerte a un militar que lo llevó a su casa y, como no tenía cárcel, lo metió en un pozo cenagoso y profundo. Dos años pasó allí ahogado en llanto, implorando el auxilio de Dios. Una noche se le apareció santo Domingo en medio de un gran resplandor, apoyando sus pasos en un báculo. A su llegada se abrieron los fuertes cerrojos y se le cayeron las cadenas. El santo lo llamó por su nombre y le dijo que era Domingo, abad en otro tiempo del monasterio de Silos y que había conseguido del Señor ser enviado a librarlo. Le anunció: dentro de dos días vendrá el llamado día de Venus. En él tu amo te sacará de la mazmorra y con otros dos compañeros te enviará a cultivar el huerto. Él se divertirá con sus vecinos. Ese día te asistirá la misericordia de Dios y te devolverá la libertad.

Tal como le dijo el santo, así sucedió y pudo escapar de la esclavitud y llegar a los doce días a Toledo, donde contó a todos los milagros que había realizado santo Domingo en su ayuda, dando pruebas dignas de toda fe que lo que decía era verdad... Y vino al monasterio de Silos a referir el insigne milagro y dio gracias a Dios y a su libertador ⁶.

Un hombre, llamado Servando, fue hecho prisionero por los infieles sarracenos, quienes lo llevaron a la ciudad de Medinaceli, lo metieron en oscura y profunda prisión, sujetado con grillos muy pesados. Sufría de hambre, frío, hedor, el peso de las cadenas... Así estuvo mucho tiempo y ya casi se daba por muerto. En esas circunstancias oraba a Dios día y noche que lo ayudara o lo dejara morir. Dios oyó sus súplicas.

Una noche vio en medio de una gran claridad un hombre vestido de monje, que le llamó por su nombre. Él, desde lo profundo del foso, respondió con sorpresa y miedo, preguntando quién era. Domingo le dijo su nombre y que era del monasterio de Silos. Le dijo: *Dios me envió aquí para sacarte en libertad y volverte a la patria*. Al cautivo se le cayeron las cadenas y vio abiertas todas las puertas. Pudo salir del foso con una cuerda que el santo le tendió y así pudo escapar de la terrible esclavitud en que se encontraba. El santo le recomendó: *No tengas miedo, encontrarás abiertas las puertas de la ciudad y llegarás sin contrariedad a mi monasterio de Silos*. Y así fue, arribando sano y salvo al monasterio de Silos, cumpliendo la orden de llevar los grillos como señal del milagro ⁷.

⁶ Grimaldo, *Vita beati Dominici*, Logroño, 1982, pp. 371-375.

⁷ Ib. pp. 357-359.

El año 1278, Domingo de Lista estaba en la flota del rey con 29 compañeros, yendo a Sevilla. Y los tomaron cautivos los moros y los llevaron a Almería. A Domingo, a Pedro de Santarem y a otros cinco, los metieron juntos en una cárcel con hierros a los pies. De día los hacían arar y moler. Les hacían sufrir mucho y por la noche los metían por una escalera en la cárcel, que tenía siete brazas de profundidad y después quitaban la escalera. Ellos rogaban día y noche a santo Domingo que le pidiera a Jesucristo por ellos para que los sacase de la prisión. Un sábado por la noche, el día de san Simón y san Judas, vino una gran claridad a la cárcel y dijo una voz: *Hijos, salid fuera*. Ellos dijeron: *¿Quién eres tú que dices eso?* Respondió: *Yo soy santo Domingo*. Entonces se les cayeron los hierros al suelo. Y dijo la voz: *Tomad los hierros y venid detrás de mí*. Los cautivos salieron de la cárcel y de la ciudad y no supieron cómo. Y la claridad iba delante de ellos. Esa noche llegaron a Lorca, que estaba a 25 leguas del lugar. Y después tomaron los hierros y llegaron a este monasterio de Silos con ellos. Era el sábado 7 de septiembre ⁸.

El año 1284 Martín de Játiva y Pedro de Alarcón salieron de Villena y hallaron a un moro que traía 12 peones y fueron apresados. Los metieron en la cárcel en el cepo, que era muy grande, y estuvieron así desde el uno de agosto hasta la fiesta de *Todos los Santos*. Les daban de comer un poco de pan de cebada y cada tercer día agua.

Ellos rogaban a Dios, a la Virgen María y a santo Domingo que los sacasen de aquel lugar o que les diesen la muerte. Un martes por la noche vieron la cárcel abierta y se encontraron fuera del cepo y de la cárcel. Llamaron a otros cautivos que estaban con ellos y no pudieron salir sino ellos. Vieron una gran claridad ante ellos y hallaron una escalera y subieron por ella a un tejado y saltaron a un lugar de cal y no se hicieron ningún daño. Y salieron de la villa sin saber cómo. Y cuando fue de día llegaron al castillo de Torres de Quesada. Al monasterio de Silos llegaron con sus hierros el día de san Andrés ⁹.

El año 1283, Miguel Pérez iba con Domingo Martínez y Juan de Écija a Córdoba y encontraron un moro que iba con un grupo de peones moros y quedaron cautivos y los llevaron a Málaga. Vendieron a Miguel a dos moros mercaderes de Ceuta y lo llevaron a Ceuta. Allí lo vendieron a otro moro, quien lo metió en grandes hierros en la cárcel, donde estaban 113 cristianos cautivos. Le hacían moler cada día trigo y mijo y no le daban de comer sino un poquito de pan de cebada. Así estuvo dos años y seguía rogando a Dios, a santa María y a santo Domingo, que oyesen su oración y lo sacasen de la cautividad. Un lunes de Cuaresma del año 1285 al alba, oyó una voz que les dijo que se fuesen, que Dios

⁸ Pero Marín, o.c., pp. 64-65.

⁹ Ib. pp. 78-79.

y santo Domingo estaban con ellos. Y comenzaron a irse y salieron de la cautividad ¹⁰.

El año 1283, Benito de Baraias vino al monasterio y manifestó que ocho días antes de Navidad del año 1278 salieron de Murcia él y Miguel para pescar. Llevaban dos caballos. Se encontraron con un moro que llevaba 14 peones y los apresaron. Los llevaron a Vera. Vendieron a Benito por 4 doblas y media y el comprador lo vendió por cinco doblas. De día le hacía tapiar y cavar. De noche lo metía en la cárcel, que estaba a nueve brazas de profundidad, y no le daba de comer sino un poco de *scandia roya áspera*. Estuvo cautivo seis meses y ocho días.

Cada día rogaba al Señor, a santa María y a santo Domingo, que lo sacasen del cautiverio. Un sábado, antes de la fiesta de san Juan, de 1285 mandó su señor a la mora manceba que llevase a Benito y a Domingo Muñoz a una huerta para que labrasen en ella y que les cerrase bien la puerta con llave y que ella viniese a amasar su pan. La mora los llevó a la huerta, cerró las puertas y se fue. Era una mañana de mucho frío y no tenían para vestir sino unos paños muy delgados. No podían trabajar por el mucho frío, pero salió el sol y se arrimaron a un rincón de la huerta y con el sol se adormecieron.

Les llegó una voz: *Benito, Domingo, cristianos, despertad, que Dios está con vosotros. Huid a tierra de cristianos. Yo soy santo Domingo y os digo esto.* Se les cayeron los hierros a los pies. Tomaron los hierros y hallaron la puerta de la huerta abierta y salieron por ella. Sería la hora de tercia. Comenzaron a andar y hallaron un escudero de Aragón que estaba también cautivo, que les dijo: *¿Adónde vais?* Respondieron: *Nos vamos con santo Domingo, que nos ha sacado de la cautividad. Por Dios,* dijo el escudero, *llevadme con vosotros. Pues venid.* Los tres se fueron y encontraron muchos moros y moras que salían de la villa e iban a labrar la huerta real.

Caminaron con los moros como media legua y ninguno les dijo nada, pero encontraron a seis caballeros moros que iban de caza con sus perros. Vieron al escudero y dijeron: *Cristiano, cristiano.* Lo apresaron y se lo llevaron. A los otros cautivos no les hicieron nada. En la noche había gran claridad ante ellos y así caminaron tres días y tres noches. No comieron sino hierbas hasta que llegaron a Lorca. A este monasterio de Silos llegó Benito el 25 de agosto ¹¹.

Caterina de Linares llegó al monasterio el año 1283 y dijo que, estando ella con doña María y María Gil y Mari Pérez y Marina, el primero de septiembre

¹⁰ Ib. p. 129.

¹¹ Ib. pp. 149-150.

de 1280, en las viñas de Linares, vino el hermano del rey de Granada con muchos caballeros y muchos peones y las llevaron cautivas a Granada; y metieron a Caterina en el alcázar del rey. Pero el hermano del rey se prendó de ella y la metió en una casa apartada y la tuvo cuatro años y le hizo dos hijos. Pero ella en estos cuatro años rogaba continuamente a Dios, a santa María y a santo Domingo que la perdonasen y que la sacasen del cautiverio, prometiendo que si salía libre, ayunaría toda su vida los sábados.

El sábado primero de julio de 1285 vino santo Domingo y la visitó en sueños y le dijo: *Caterina, cumple lo que has prometido, que Dios ha venido en tu ayuda. Toma a tu hijo menor y vete con esas mujeres a mi casa, y haz a tu hijo cristiano en mi iglesia.*

Despertó Caterina y tomó a su hijo y salieron con ella las otras cuatro mujeres y dos hombres. Salieron por las puertas y las hallaron todas abiertas. Llegaron a la puerta mayor de Granada, que está siempre cerrada, y la hallaron abierta, a pesar de que había muchos guardias. Caminaron toda esa noche seis leguas. Cuando amaneció, llegaron a Cabra ¹².

El año 1285 vino al monasterio María Miguel. Dijo que ella y su marido García Pérez y don Pedro de Calahorra iban de camino y fueron atacados por los moros, que mataron a su marido y a ella y a don Pedro los cautivaron. Los llevaron a Vélez Blanco. A María la metieron en un pajar, donde la tuvieron 13 días. Después la llevaron al mercado y la vendieron por 12 doblas. El moro que la compró la tuvo un año haciéndola sufrir mucho y lo mismo la esposa del moro, llamada Haxa. Ella todos los días oraba al Señor, a la Virgen y a santo Domingo para que la sacasen de allí y no muriese entre los moros.

El último domingo de julio de 1285 vino Haxa y le dijo: *María, esta casa es muy oscura, enciende una lumbre.* Fue ella y alumbró la casa. Se fue la señora a dormir. A la hora del primer gallo apareció una gran claridad y dijo una voz: *María, levántate, sal fuera y vete a mi casa (Monasterio).* Ella salió, siguiendo la claridad y halló la casa abierta. Llegó a la puerta de la ciudad, que dicen del Arenal, y había muchos moros que la custodiaban y ella salió entre ellos y no le dijeron nada. Vio un camino y se fue por él detrás de la claridad como si fuese de día. Cuando fue de día llegó a Torres de Alecún ¹³.

El año 1285 María Pérez dijo que estaba en las fuentes de Sevilla segando. Y vino Yuzaf con 3.000 caballeros y mucha gente de a pie y la apresaron con Urraca y doña María y a otras cuatro mujeres y mataron a muchos cristianos y

¹² Ib. pp. 150-151.

¹³ Ib. pp. 153-154.

apresaron a más de 300. A las mujeres las llevaron al mercado. Vendieron a María Pérez por 17 doblas y media y la compró un moro de Berbería. De día la hacía moler trigo y mijo y apenas le daba de comer un poco de pan.

Ella rogaba a Dios a santa María y a santo Domingo todos los días. El primer domingo de julio de 1285, antes del canto del gallo, vino una gran claridad y la llamó por su nombre: *María Pérez, levántate y vete a tu casa, que yo soy santo Domingo de Silos y vengo por ti*. Los hierros se le cayeron y salió detrás de la claridad y nadie la sintió. Pasó delante de perros y no le ladraron. Caminó toda la noche hasta el alba. Al hacerse de día se quedó a descansar, escondida debajo de una palma. Pero vino la sombra de un hombre y le dijo: *María, qué haces aquí, vete*. Y se fue caminando y se encontró con un gran incendio en el bosque y tuvo miedo de ser quemada y rogó a Dios ayuda. Y vino un viento y cambió la dirección del incendio. Apareció un hombre ante ella y ella caminó detrás de él por la ceniza del fuego, por las pisadas que él hacía. El miércoles por la mañana llegó a Arcos de Lebrija. Vino al monasterio a dar testimonio el 2 de octubre ¹⁴.

El año 1284, Domingo de Sevilla estaba con un tal Andrés a mediados de octubre. Salieron los moros Uzea y Azotán de Algeciras con otros doce y lo apresaron a él, a Pascual, a Pedro y a Andrés. Los llevaron a Algeciras y los amarraron con hierros. De día andaba moliendo a mano para su señor y de noche le metían en el cepo. Así estuvo cautivo dos años. Un domingo le pidió a la señora del moro algo de comer y ella le dijo: *Perro, hijo de perro, vete por la villa y busca de comer*. Caminó por la villa y no halló nada. Cuando regresaba a la casa, le dijo una voz: *Huye, ¿qué haces aquí?* Salió por la puerta de Jerez y llegó la noche, estando en la sierra. Tomó una piedra para quebrar los hierros y se le cayeron a pedazos. Otro día por la mañana vio a sus señores que venían a caballo, los conoció y tuvo gran miedo de que lo cautivaran de nuevo, pues lo matarían a golpes. Se encomendó a Dios y a santo Domingo para que lo librasen. Los otros corrían con sus caballos y pudo escapar sin que lo detuvieran ¹⁵.

El año 1284, Nicolás de Alcaraz dijo que salieron él, Juan y don Juánez, sus vecinos, para ganar algo en tierra de moros. Y hallaron dos moros que guardaban vacas. Los cristianos apresaron a los dos moros y los llevaron hasta el puente de Pulpit. Mientras iban, salieron a su encuentro 14 peones moros, los apresaron a ellos y los llevaron a Vera, al mercado. A Nicolás lo compró un moro por 10 doblas y lo metió en la cárcel con otros 60 cautivos. El día de la Virgen, de mediados de agosto, los sacaron a labrar el campo. A Nicolás lo mandó la señora mora que fuese al horno y trajera el pan que cocían. Fue y trajo cinco

¹⁴ Ib. p. 154-155.

¹⁵ Ib. pp. 162-163.

panes en una tabla. Y, viniendo con ellos le dijo una voz: *Nicolás, ¿cómo no te vas para Lorca?* Tuvo miedo, miró alrededor y no vio nada. Llevó el pan a su señora y ella le mandó que fuese a moler la cebada para darles a sus compañeros en la noche. Ellos querían morir de hambre, pero él tomó la harina de cebada y se la dio. Les dijo lo que oyó de la voz, de que fuese a Lorca y que era la voz de santo Domingo.

Les dio la cebada y huyó de la casa a medio día. Y salió por la puerta de la villa, se encontró dos moros y no le dijeron nada. Llegó a un río, donde lavaban muchas moras y moros y rogó a santo Domingo que le cuidase para que no le cautivasen de nuevo. Y se metió por el río y no le dijeron nada. Y se fue por unos lugares muy difíciles de andar y caminó tres días y tres noches, en que no comió ni bebió, sino alguna fruta. Llegó al castillo de cristianos, que llaman Chuecos, y le quitaron los hierros. Aquí al monasterio, vino el día de santa Lucía ¹⁶.

Domingo de Silos se hizo popular y famoso por sus muchos milagros, especialmente de liberación, milagros de cautivos y en 1076 la traslación de sus restos al monasterio, hoy llamado de Silos, con su consiguiente canonización fue el punto de partida de la extensión de su culto.

EN CONSTANTINOPLA

En Constantinopla en el siglo XVI había 20.000 esclavos cristianos en casas particulares y otros 10.000 en las cárceles del sultán, esperando venderlos o hacerles trabajar en diferentes oficios productivos. Y esto sin contar los que estaban encadenados a las galeras del puerto como galeotes. En una de las cárceles del sultán había 4.000 esclavos cristianos que sufrían y morían sin esperanza. Muchos de ellos renegaban de la fe cristiana para poder llevar una vida mejor sin estar esclavizados.

San José de Leonisa y otro compañero, llamado Gregorio de Leonisa, fueron destinados por el Superior general de los capuchinos a evangelizar en Constantinopla.

SAN JOSÉ DE LEONISA (1556-1612)

El padre José reunía a los cautivos en la medida que les dejaban sus amos, iba a las cárceles a visitarlos y llevarles algún alivio para el cuerpo y para el alma. Los confesaba, les celebraba la misa, les daba la comunión y asistía a los

¹⁶ Ib. pp. 79-80.

enfermos y moribundos, fortaleciendo su fe con la predicación y ayudándoles a dejar los vicios y llevar una vida honesta, pues muchos se dejaban llevar del odio a los turcos y blasfemaban y proferían palabras obscenas. Además entre ellos había robos, riñas y malas obras.

El padre José y su compañero se preocupaban de limpiar los lugares donde dormían por la noche, que eran lugares sin ventilación, con mucha inmundicia y mal olor. Conseguían medicinas para los enfermos y preparaban a los moribundos para una buena muerte, animándoles para que ninguno renegara de Jesucristo ante tanto sufrimiento. Algunos días iba también en busca de algunos cristianos europeos, comerciantes ricos, para pedirles ayuda para los pobres esclavos.

Eran de muy distintos idiomas, de distintos países de las riberas del Mediterráneo, aunque la mayoría sabía algo de italiano, mezclado con otras lenguas. Por eso, casi todos le entendían al padre José hablando en italiano.

Algunos días se dejaban encerrar con los esclavos para compartir con ellos más tiempo; y poder compartir sus alimentos y su vida en las mazmorras.

Los esclavos que vivían en las casas de sus amos, eran menos maltratados, pues sus amos querían recibir el dinero del rescate, pero eran más fáciles de caer en la tentación de la apostasía para vivir mejor. Muchos debían escoger entre el suicidio por no poder soportar tanto sufrimiento o la apostasía.

A los ancianos y enfermos los atendían con especial dedicación con sus propias manos y les llevaban todo lo que podían en alimentos o medicinas. Un día encontró en un palacio a un joven esclavo cristiano, hijo de una noble y rica familia italiana. El joven se desesperaba y blasfemaba, porque no había podido ser rescatado por sus familiares. El padre José fue a hablar con el dueño y le rogó que le aceptara a él en sustitución del joven, pero no fue aceptado.

Otro día le pidieron que fuera a visitar a un médico enfermo. El enfermo comenzó diciéndole que era un renegado italiano y que tenía cierto poder en la Corte por haber curado al sultán. Quería estar en paz con su conciencia sin volver a su fe cristiana, porque temía perder su vida y su posición social. No pudiendo aceptar su situación el padre José le pidió que al menos obtuviese para él, el permiso de poder subir a las galeras del puerto para hablar a los galeotes cristianos. Lo consiguió y cada día el padre José subía a las naves y hablaba y confortaba a cada esclavo con su crucifijo milagroso. Un día se encontró con un galeote resignado a su suerte. Era algo que le extrañó mucho y pudo saber que era sacerdote y obispo cristiano. Con esos datos se ofreció al capitán del barco para sustituirlo, pero tampoco esta vez lo consiguió.

Una tarde llegó a conocer a un apóstata, que había sido arzobispo griego ortodoxo, y que por apostatar había recibido el título de pachá y vivía como un rico. Le habló de su alma y le hizo sentir todos los remordimientos interiores que tenía dentro. Este pachá se arrepintió ante él, pero temía las consecuencias de dar un paso público, pues la venganza sería terrible. Quedaron en que siguiera aparentando exteriormente las cosas y cumpliendo sus funciones, frecuentar la mezquita, etc., y fueron pensando en su huida disfrazado, en un barco mercante europeo ¹⁷.

Un fraile, que había estado con él, refirió que *un día estaba predicando a los esclavos cristianos, que estaban en una calle de Constantinopla, y vinieron los guardias y lo buscaron y no lo encontraron, porque se había escondido debajo de unas cajas y los esclavos le dijeron que estuviera quieto, porque si lo encontraban lo hubieran matado* ¹⁸.

Una vez salió tarde del lugar donde dormían encadenados los esclavos del sultán. Encontró la puerta del barrio de Galata cerrada y tuvo que quedarse a dormir en plena calle entre dos cañones. Durmió profundamente, pero al amanecer fue descubierto por un patrulla militar y arrestado, creyendo que era un espía. El embajador veneciano tuvo que interceder ante la sultana y pudo ser liberado.

En otra ocasión se extendió por la ciudad la peste, que hizo miles y miles de muertos. Incluso murieron 17 hijos del sultán. Muchísimos esclavos cristianos (las dos terceras partes), debilitados por el trabajo y la mala alimentación, perecieron. Durante este tiempo el padre José fue incansable visitando a los enfermos esclavos para ayudarlos a bien morir.

Para atenderlos se encerró con ellos en sus mazmorras junto con su compañero, el padre Gregorio. Él no sentía miedo al contagio, pero también se contagió. El padre Gregorio lo cuidó y preparó la sepultura, pensando que ya no tenía remedio, pero Dios se contentó con mostrarle la corona. Cuando ya se esperaba su último suspiro, tuvo un sueño misterioso. Se despertó y estaba sano, las llagas cerradas y la debilidad había desaparecido. Entonces cayó enfermo fray Gregorio, y fray José lo cuidó y también se salvó por la gracia de Dios. Cuando de los calabozos de los esclavos pudieron ir a su convento, se encontraron con la amarga noticia de que sus otros dos compañeros, el padre Dionisio y el padre Pedro, habían muerto y la casa estaba abandonada sin nadie que la custodiara.

¹⁷ Proceso de beatificación y canonización del siervo de Dios, fray José de Leonisa, 2012, p. 241.

¹⁸ Vida, p. 18.

Felizmente al poco tiempo llegó el padre Egidio, a quien él había sustituido como misionero a Turquía en el primer envío de capuchinos.

DESEO DEL MARTIRIO

El padre José pensó en entregar su vida a Dios como sus hermanos muertos y quiso recibir la palma del martirio. La idea del martirio resonaba en su interior con fuerza, porque quería demostrarle a Jesús su inmenso amor hasta dar la vida por él.

Hizo un plan para recibir el martirio. Se presentaría personalmente ante el rey Murad III un viernes en que iba a visitar la mezquita, aunque estaría rodeado de una fuerte escolta. El sultán Murad III era cruel. Cuando subió al trono a los 28 años había hecho matar la primera noche a cinco de sus hermanos para evitar cualquier posibilidad de destronarlo. Era obstinado en sus ideas y caprichoso, a la vez que violento en sus reacciones. Pero había sido criado por su madre Baffo, veneciana cristiana, y según algunos probablemente bautizado en secreto al nacer. Lo cierto es que el padre José quiso acercarse a él para tratar de convencerlo y convertirlo a la fe cristiana. Así lo hizo. Un viernes vio venir el cortejo, pero lo reconocieron y fue rodeado y golpeado. Hubo un tumulto y aprovechó la aglomeración para escapar con la tristeza de que su tentativa había sido en vano.

Otro día se acercó al jefe de los jenízaros del palacio, pidiéndole que tenía un mensaje personal que entregar al sultán, pero lo llevó ante sus compañeros, que lo llenaron de injurias y golpes y lo dejaron medio muerto a la puerta del palacio.

Otro día habló con el médico renegado, que ya conocía y tenía cierto poder ante el sultán, para que le obtuviera una entrevista. El renegado lo recibió bien, pero le dijo que para presentarse ante el sultán debía ir vestido con vestidos turcos, turbante, etc., como lo hacían los mismos embajadores extranjeros. Esto no lo quiso aceptar, pues le parecía hacer una especie de apostasía pública.

Por fin ideó lo más extraño y descabellado humanamente. Observó las puertas del palacio y un día de mucho calor aprovechó un momento del mediodía, cuando las calles estaban desiertas, para entrar por la puerta del palacio, avanzó rápidamente hacia el patio y los corredores, acercándose a las habitaciones del sultán, pero fue descubierto y un grupo de soldados dio la voz de alarma y pusieron todo el palacio en movimiento. Pensaron que él iba a matar al

sultán, quien no tardó en dar gracias a Alah de haberle salvado la vida ante aquel intruso cristiano. Lo interrogaron, habló de Jesucristo y de que no iba a matar a nadie, porque no llevaba armas. Les aseguró que solo tenía intención de predicar la fe cristiana y demostrar la verdadera religión. Los soldados que lo interrogaron se encolerizaron y consideraron que su intención de predicar a Jesucristo y hablar mal de su religión era peor crimen que atentar contra el sultán. El juicio fue sumario y sus palabras fueron transmitidas al sultán, quien mandó que sufriera el suplicio del garfio y de la argolla con una crueldad típicamente musulmana.

SUPLICIO Y LIBERACIÓN

En un poste metieron una mano en una argolla y un pie atravesado por un garfio, estando su cuerpo pendiente en el vacío, sujetado por las dos terribles llagas hechas por la argolla y el garfio. Por la pérdida de la sangre y el fuego de la fiebre, la muerte venía después de una agonía atroz. Para aumentar sus sufrimientos los turcos colocaron cerca del poste una fogata con poco fuego para que el humo y el calor hicieran más dura la tortura.

La horrible agonía duró tres días. Si había alguien mirando, le hablaba de la fe cristiana, pero la sangre seguía saliendo y su debilidad cada vez era mayor.

En la tercera noche apareció al pie de la horca un ser misterioso, un ángel del cielo y libró a fray José de la argolla y del garfio y le curó instantáneamente sus heridas, de las que le quedarían para toda la vida unas grandes cicatrices. El ángel le entregó un pan celestial y un poco de vino, que le restauró al momento las fuerzas corporales y que le repuso la sangre perdida, de modo que pudo caminar y, conducido por el ángel, salir libre del recinto.

El padre Francisco, sobrino del padre José, refiere: *Cuando fue a Constantinopla, un día intentó entrar en el palacio del sultán, pero fue capturado por los guardias y condenado a muerte en la pena del gancho. Fue colgado en un poste de la mano derecha y del pie derecho con dos garfios y lo dejaron sufriendo para que muriera de hambre. Así estuvo tres días sin comer ni beber. Después se le apareció un jovencito muy hermoso, que lo liberó del patíbulo, le dio de comer, le curó las llagas y heridas y le ordenó regresar a Italia donde debería obtener muchos frutos espirituales. Le dijo: “Allí obtendrás el martirio” Después el joven desapareció. Estos detalles me los dijo la señora Clelia Scotti, cuando estaba enferma, porque el padre José parece que se los contó.*

Yo mismo he visto las señales de los garfios en la mano y en el pie, tanto estando vivo como después de muerto. La profecía del joven de que en Italia

padecería el martirio también se cumplió, porque fue sometido a dos intervenciones quirúrgicas para quitarle las carnes íntimas, que estaban ya cancerosas y esto sin anestesia y cicatrizadas con fuego. El mismo padre José me dijo entonces: “Este era el martirio que me fue profetizado en Turquía”¹⁹.

EL REGRESO

Todo estaba preparado por la providencia divina para salir de la ciudad. En el puerto había un barco de Venecia a punto de partir. Fray Gregorio separó los pasajes para él, para fray José y para el arzobispo renegado, que, disfrazado, pudo huir con ellos.

El doctor Angelo Paolini declaró: *Un día estaba en el convento de los capuchinos de Leonisa conversando con el padre José. Él me contó que, después de dejar Constantinopla, estuvieron en una ciudad de los turcos donde había muchos esclavos que trabajaban para ellos. Ellos no tenían qué comer y se alimentaron durante el mes que allí estuvieron con naranjas amargas, que crecían en los árboles. Los esclavos, a quienes consolaban, les ofrecían un poquito del pan que les daban, pero no querían aceptarlo porque ellos lo necesitaban más²⁰.* De allí sin contratiempos llegaron en un viaje tranquilo hasta Venecia.

Sin detenerse, los tres fueron a Roma. El Papa Sixto V oyó con emoción sus trágicos relatos y se interesó por la historia del renegado convertido, que, prosternado a sus pies, recordaba sus debilidades con lágrimas. El Papa le asignó en Roma al prelado arrepentido un puesto de honor y confianza.

Fray José de Leonisa fue beatificado por Clemente XII el 22 de junio de 1737 y canonizado por Benedicto XIV el 29 de junio de 1746.

SANTOS NEGROS CAUTIVOS Y REDENTORES

Sin embargo, a pesar de tantos sufrimientos, Dios no desamparaba a los cautivos y con frecuencia tenían a su lado algunos sacerdotes también cautivos o a los que iban a rescatarlos con dinero recogido en España. Lo mismo podemos decir de los esclavos negros en América, que eran evangelizados sobre todo por españoles y portugueses en la fe católica. Es interesante anotar cómo Dios sacó del abismo de sus sufrimiento a algunos esclavos negros y los hizo grandes santos como San Benito de Palermo (1524-1589). San Martín de Porres (1579-

¹⁹ Proceso, p. 239.

²⁰ Vida, pp. 44-45.

1639). San Moisés el negro (330-405). El beato Antonio da Calatagirone. Otro negro etíope muerto en 1580. Otro franciscano negro muerto en 1647. Santa Efigenia de Etiopía, santa Josefina Bakhita (1868- 1947). La venerable sor Josefina Benvenuti (1845-1926). Sor Teresa Juliana de santo Domingo (1676-1748). Los mártires de Uganda y otros muchos mártires que, aunque no hayan sido canonizados por la Iglesia, estarán en el cielo en un lugar muy alto de santidad.

Entre los evangelizadores de los negros en América se distinguieron San Pedro Claver y los jesuitas, el padre Oliveri y san Daniel Comboni en África y por supuesto, una inmensa multitud de sacerdotes sin que hayan llegado a la cima de canonización, que dieron su vida por rescatarlos y evangelizarlos tanto en América como en África, especialmente en el Norte de África como los padres trinitarios y mercedarios, el padre Fernando Contreras y otros muchos conocidos o desconocidos. Y entre los mismos cautivos hubo miles y miles que murieron mártires para gloria de Dios y de la Iglesia católica.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído todo lo que antecede puedo decir que Dios escribe derecho con renglones torcidos. Fueron muchísimos los cristianos cautivos que fueron liberados por los padres trinitarios y mercedarios y librados así de los crueles sufrimientos que padecían en las cárceles moras. Y también vemos cómo algunos sacerdotes que fueron cautivos fueron una bendición de Dios en medio de tanto sufrimiento, porque confesaban, daban la comunión, celebraban misa a los cautivos y los animaban en su fe para no renegar de ella.

También vemos cómo Dios, aun en medio de tanto dolor también hacía manifestaciones de su poder como hemos visto en la vida del padre Contreras, del padre san José de Leonisa o por medio de santo Domingo de Silos, que se aparecía a los cautivos. Ciertamente hubo muchos mártires a quienes Dios les dio la gracia de poder ser fieles a la fe, aun en medio de grandes sufrimientos. Lamentablemente hubo muchos renegados para liberarse de los sufrimientos del cautiverio, pero también hubo quienes eran cristianos interiormente y oían la misa con devoción, sobre todo entre renegadas, hechas musulmanas a la fuerza o bajo pena de muerte.

Todo esto nos debe llevar a nosotros cristianos del siglo XXI a tomar en serio nuestra fe. Es un tesoro tan grande que debemos guardarlo con mucho cuidado. Y pedir insistentemente a Dios que aumente nuestra fe y decirle como el padre del epiléptico del evangelio: *Señor, creo pero aumenta mi fe* (Mc 9,24).

- Gabriel de Aranda, *Vida del siervo de Dios, Fernando de Contreras*, Sevilla, 1692.
- Grimaldo, *Vita beati Dominici confessoris*, Logroño, 1982.
- Jerónimo Gracián, *Peregrinación de Anastasio*, diálogos 6 y 7.
- José de Tamayo y Velarde, *Memorias; y costumbres, ritos y gobiernos de Berbería según el relato de un jesuita del siglo XVII*, universidad de Oviedo, 2017.
- Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes*, Madrid. 1819.
- Pero Marín, *Los milagros romanzados de santo Domingo de Silos*, Ed. Real Academia Alfonso X, Murcia, 2008.
- Ruffinatto Aldo, *La vida de santo Domingo de Silos de Gonzalo de Berceo*, Logroño, 1978.